



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Facultad de Filosofía y Letras

El Conocimiento Histórico en R. G. Collingwood

T E S I S

Que para obtener el título de:

LICENCIADO EN FILOSOFIA

p r e s e n t a

TERESA SANTIAGO OROPEZA



U. N. A. M.
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS
Colegio de Filosofía
Sec.

A handwritten signature in black ink, appearing to be 'Teresa Santiago Oropeza'.

México, D. F.

1981



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A mi hijo Patricio

A G R A D E C I M I E N T O

Quiero manifestar mi agradecimiento al Doctor León Olivé por el apoyo que gentilmente me - brindó en la elaboración de esta Tesis.

Asímismo, a Adolfo Santiago de la Torre, Lucila Aldama y Patricio Bidault a quienes debo este trabajo íntegramente.

Teresa Santiago Oropeza.

I N D I C E

	PAGINA
INTRODUCCION	i
CAPITULO I JUSTIFICACION TEORICA PARA UNA FILOSOFIA DE LA HISTORIA	7
CAPITULO II EL HECHO HISTORICO	36
CAPITULO III EL RE-PENSAR	61
CAPITULO IV CONCLUSIONES	85
BIBLIOGRAFIA	100

ADVERTENCIA

Para efectos de claridad he utilizado a lo largo - del trabajo el término "Historia" para referirme - al desarrollo histórico mismo, y el término "historia" para aludir a la ciencia que se ocupa de dicho desarrollo.

INTRODUCCION

El interés central de este trabajo es el de exponer y discutir algunas cuestiones relacionadas con el conocimiento histórico, tomando como punto de partida las ideas sobresalientes, que según nuestro propio criterio, R. G. Collingwood ha desarrollado en esta línea.

Una de las motivaciones que respalda el tema del trabajo está centrada en el hecho de que si bien es cierto que el historiador, en la mayoría de los casos, no se ocupa directamente de los problemas en torno al conocimiento que proviene de la historia, es indudable que da por sentado que los sucesos de la Historia son susceptibles de ser conocidos y explicados, esto es, de transmitir a otros el porqué de dichos sucesos.

Se ha tomado la filosofía de la historia expuesta por Collingwood como el marco teórico para tratar algunas de estas cuestiones porque muchas de sus opiniones y argumentos se manejan hoy en día en círculos de discusión importantes para el desarrollo de la Teoría Social y porque, de hecho, algunos de los problemas que se apuntan en su obra, fundamentalmente en Idea de la Historia, son todavía problemas abiertos.

La forma en que está estructurado el trabajo pretende mostrar el desarrollo mismo del pensamiento de Collingwood; es de

cir, el modo como los distintos argumentos se van presentando a lo largo de Idea de la Historia y que pretenden fundamentar su concepción de lo que es el trabajo histórico. De esta manera, el primer capítulo intenta exponer los principales argumentos que desarrolló Collingwood en favor de una epistemología adecuada para el problema del conocimiento histórico. Se hace así una revisión muy general de las posturas sobresalientes de los filósofos que este autor considera importantes dentro del desarrollo de la idea de la historia, y se hace hincapié en los problemas y carencias de algunas posturas filosóficas en relación al problema de la historia. En segundo lugar, se expresan los puntos centrales de una epistemología propuesta por Collingwood como la apropiada para dar razón de lo que es el conocimiento histórico.

En el segundo capítulo se pretende exponer la concepción de Collingwood de lo que es el hecho histórico, frente a posturas con las cuales discrepa: las posturas llamadas por él "positivista" y "evolucionista". Se han tomado ejemplos representativos, que aunque no son exactamente los casos de los cuales Collingwood se ocupara en su época, mantienen en lo esencial los mismos principios a los que se opone.

El tercer capítulo se ocupa de mostrar las tesis princi-

pales de Collingwood en relación al método de Re-pensar y a la concepción de la Imaginación a-priori, como elementos fundamentales del quehacer del historiador. Se intenta asimismo discutir, o por lo menos poner en cuestión, algunas ideas que se siguen de la aceptación de la Re-creación o el Re-pensar como tal método de la historia.

Finalmente, el cuarto capítulo pretende mostrar una interpretación de las ideas centrales expuestas en los primeros tres capítulos y a partir de ahí se exponen algunos puntos en relación al problema del conocimiento histórico como tema central de la filosofía de la historia.

Quisiera mencionar algunos de los problemas con los que me he topado en el desarrollo de este pequeño trabajo y que seguramente son en gran medida la causa de muchos de los errores de los que adolece.

En primer lugar el problema mismo de la "historicidad", el saber ubicar a Collingwood en su momento histórico en cuanto a la época en la que vive y escribe, y también en relación al tipo de historia que se hacía en dicha época.

Hay en la visión de Collingwood de lo que es la historia una fuerte preocupación de tipo moral en cuanto al papel o el

sentido de la historia en la actuación social de los individuos. Para este filósofo era fundamental el estudio y la reflexión en torno a la historia en los años convulsos que marcaron la época entre las dos guerras mundiales. La catástrofe que emanó de la crisis mundial del catorce, 'un nuevo barbarismo', como lo llama Collingwood en El Nuevo Leviatán, tuvo una influencia determinante en el modo de pensar de los individuos que como él se interesaba por problemas relacionados con el quehacer histórico.

De ahí que el problema de la reestructuración social se convirtió también en el problema de COMO evitar épocas de barbarismo que amenazaban y amenazan hoy por hoy la extinción de las civilizaciones. Y Collingwood creyó ver en el estudio de la Historia la única posibilidad de encontrar el conocimiento que llevara el hombre a evitar los errores que ya habían dado lugar a una primera guerra de grandes alcances. De aquí su afirmación de que: "El historiador no se limita a revivir pensamiento pasados, los revive en el contexto de su propio conocimiento y, por tanto, el revivirlos, los critica, forma sus propios juicios de valor, corrige los errores que puede advertir en ellos". (1)

Así pues, la historia en tanto auto-conocimiento, puede -

(1) R.G. Collingwood, Idea de la Historia, p.p. 211, F.C.E., México, 1972.

mostrarnos lo que hemos sido a un nivel no sólo del "yo soy" o "he sido" como persona individual e intrascendente en el desarrollo histórico y social, sino en el nivel del "somos" y "hemos sido". Hay pues un intento de encontrar el camino que lleve al "milenio" a través del estudio histórico y es por ello - que Collingwood pone tanto énfasis en la importancia de éste en el desarrollo del pensamiento humano.

Por otro lado, no podemos dejar de lado la consideración de la clase de historia que en la época de Collingwood tuvo -- gran éxito y que normalmente puede pensarse que está casi totalmente superada: nos referimos a la historia de fuerte tendencial positivista del tipo de la que realizaran Spengler y Toynbee. Si pensamos que en los años en que Collingwood desarrolla sus ideas más importantes en torno a la historia (finales de los veinte en adelante) muchos de los trabajos de estos historiadores habían tenido ya una amplia difusión y aceptación -no sólo en círculos académicos, sino del público en general-, podremos quizás sopesar más adecuadamente muchas de las afirmaciones del filósofo-historiador.

A lo expresado anteriormente debemos añadir que Collingwood - se enfrenta al problema de la historia en tanto historiador y en tanto filósofo. Vista así la cuestión resulta necesario --

agregar que su tratamiento del problema debía situarse en el terreno del discurso filosófico y en cuanto tal, salvar los escollos que se plantean en un análisis meramente circunstancial del desarrollo mismo del trabajo histórico. Collingwood pretendía realizar una filosofía de la historia que obligaba a una reestructuración de la filosofía en general y no sólo un rompimiento con los esquemas planteados por la tradición en el tratamiento de la historia.

"Dos etapas se presentarán a medida que progrese el estudio. Primero se tendrá que elaborar la filosofía de la historia. La segunda etapa consistirá en establecer las relaciones entre esta nueva rama de la filosofía y las viejas doctrinas tradicionales..." (2)

De este doble proyecto sólo pudo completar Collingwood la primera etapa; esto es, la elaboración de la filosofía de la historia, quedó por realizarse la reestructuración de la filosofía en donde el trabajo competente a la historia hubiera sido su núcleo central. Hemos considerado, sin embargo, tal propósito de Collingwood en la exposición y el análisis que se presenta a continuación.

(2) Ibidem, p.p.16.

C A P I T U L O I

JUSTIFICACION TEORICA PARA UNA FILOSOFIA
DE LA HISTORIA

En el presente capítulo trataremos de exponer algunas razones que pueden servir como justificación teórica para una filosofía de la historia, en particular, los argumentos que Collingwood maneja como respaldo a su trabajo en esta línea.

En un conocido texto sobre filosofía de la historia* se afirma que hay dos modos de entender ésta: como actividad puramente especulativa y como actividad crítica. En el primer caso, el estudio del filósofo va más allá de lo que normalmente corresponde a un historiador, abordando problemas relacionados con la naturaleza, las concepciones del mundo, etc., mientras que en el segundo caso se trataría de una investigación relacionada directamente con el modo de proceder en la historia en cuanto a su método y sus propósitos, quedando centrada la discusión en el aspecto científico o no científico de la historia. En la misma obra se menciona que el primer modo de hacer filosofía de la historia no es muy frecuente en nuestros tiempos, sino que la mayoría de las discusiones se han centrado últimamente en el problema del método en la historia, esto es, en el terreno mismo de la filosofía de la ciencia.

Aunque es indudable que este segundo punto ha inspirado las disputas más intensas de los últimos tiempos en el terreno

* William H. Dray, Filosofía de la Historia, U.T.E.H.A. México, 1965.

de la filosofía de la historia, y también de las llamadas ciencias sociales, tampoco parecería acertado el ignorar o considerar como un asunto pasado de moda la cuestión de la naturaleza del hecho histórico o del hecho social, los principios metafísicos implicados en las distintas concepciones de la historia etc. Más que distinguir entre estos dos tipos de investigación, podría afirmarse que van unidos íntimamente, y sin duda alguna alguien podría pensar que el segundo supone al primero. En -- otras palabras, la discusión acerca del método en la historia, con todo lo que tal discusión implica en el ámbito de la filosofía de la ciencia, parecería que no puede ser tratada al margen de cuestiones metafísicas y epistemológicas de central importancia.

Cuando un filósofo hace alguna afirmación acerca del método de la historia o del carácter científico de ésta, presupone, aunque no sea de manera explícita, una cierta concepción de la naturaleza de los hechos históricos, y, más ampliamente de los hechos del mundo exterior.

De esta manera, la oposición entre una concepción idealista y una concepción positivista de la ciencia histórica, por - tomar un ejemplo, puede entenderse como el intento de dos alternativas por elucidar cuestiones relativas a la naturaleza

de los hechos, sus relaciones, el modo como conocemos, etc., y no como lo sugiere el texto de Dray, una mera discrepancia en cuanto a los métodos o al proceder del historiador. De hecho, podríamos afirmar que el problema de la metodología en la historia es una cuestión que resulta de consideraciones más generales acerca de la historia como disciplina que se ocupa de un tipo especial de hechos que ocurren en el mundo.

No podríamos negar el hecho de que gran parte de nuestra educación y de nuestros conocimientos, por simples o sofisticados que estos sean, provienen en gran medida de la visión histórica que nos hemos formado. De ahí que resulta difícil concebir que ciertos problemas concretos de la filosofía de la -- historia puedan ser tratados por el filósofo al margen de algunos supuestos metafísicos y epistemológicos.

La filosofía de la historia sustentada por R.G. Collingwood resulta ser un contra-ejemplo muy claro a la tesis expresada - en el texto de Dray; esto es, el trabajo de Collingwood no podría situarse ni en el terreno de una filosofía de la historia especulativa ni tampoco como filosofía de la historia crítica: pretende dar una explicación, lo más amplia posible, de cómo - se da en el hombre el conocimiento histórico a partir de su -- concepción del hecho histórico como entidad especial y distin-

ta de cualquier otro tipo de fenómeno, y como consecuencia propone un método específico para la ciencia histórica.

Por otro lado, la construcción teórica de la filosofía de la historia desempeñada por Collingwood es totalmente coherente con su modo de concebir a la filosofía. Tal concepción ha quedado explicitado en la Introducción a la obra Idea de la Historia, de la siguiente manera:

"La filosofía es reflexiva. La mente filosofante nunca piensa simplemente acerca de un objeto (...) siempre piensa acerca de su propio pensar en torno a ese objeto." (1)

Este modo de entender la filosofía consiste en considerarla como una actividad doblemente especulativa, o reflexión de segundo grado; esto es, como un pensamiento que no culmina en el objeto al cual se dirige, sino que reflexiona también acerca de la relación que se establece entre el sujeto y el objeto del conocimiento.

De esta manera, la epistemología y la metafísica resultan inseparables, puesto que si la filosofía se ocupara solamente del pensamiento sería pura psicología y de igual manera, si se dirigiera con exclusividad a los objetos, ignorando la relación

(1) Collingwood, R., G., Idea de la Historia, p.p. 11 F.C.E. México, 1972

que se establece entre el sujeto que conoce y dichos objetos del conocimiento, estaría duplicando la labor de las ciencias particulares.

Cuando la filosofía se ocupa del estudio de la física, por ejemplo, debe investigar en qué consiste tal ciencia, es decir, cuál es su método, qué tipos de hechos estudia, cuál ha sido su desarrollo histórico, etc., pero también se ocupa de reflexionar acerca del tipo de conocimiento que proporciona, distinguiéndolo y comparándolo con el que proviene de otras disciplinas científicas.

Ahora bien, ¿qué es lo que proporciona el objeto de estudio de la reflexión filosófica? Collingwood afirma que el desarrollo histórico provee los problemas y las cuestiones sobre las cuales gira el discurso filosófico. No es de ninguna manera arbitrario que la filosofía se ocupe de problemas distintos en épocas distintas, sino que son factores extra filosóficos los que de alguna manera condicionan el tipo de reflexión y el objeto de esa reflexión.

La filosofía de la historia surge cuando el pensamiento humano se ha enfrentado a la problemática histórica como actividad crítica y constructiva, cuando surge la ciencia de la historia frente al mero recuento de datos y sucesos pasados.

Por ello la necesidad de hacer un tratamiento especial de las cuestiones históricas dentro del ámbito del quehacer filosófico.

De la misma manera que la filosofía, tomada en su acepción más general, consiste en una reflexión de qué es lo que se conoce y del conocer mismo, aquella parte dedicada a las cuestiones de la historia deberá consistir en una investigación acerca de los asuntos históricos pero no por ellos mismos, sino como hechos conocidos por el historiador. En este sentido debe interpretarse la afirmación de Collingwood según la cual es un error considerar por un lado los problemas epistemológicos y por otro los metafísicos. (2) Sólo entendida así, la función de la filosofía de la historia adquiere un sentido especial como actividad que merece un tratamiento aparte dentro de lo que pudiera llamarse, convencionalmente, el conjunto de las disciplinas filosóficas.

Aclaremos más este punto diciendo que la filosofía de la historia no se ocupa solamente de por qué el hombre se interesa por su propia historia, labor que en todo caso, aceptando la escisión entre sujeto y objeto, correspondería al psicólogo, ni tampoco de los hechos históricos en sí mismos, pues es esta

(2) Ibidem, p.p. 9

la tarea del historiador. La filosofía de la historia investiga un tipo de conocimiento que llamamos "conocimiento histórico" que no puede adscribirse a una epistemología más amplia, porque involucra una problemática que requiere de la investigación de los hechos históricos como base y condición de un tipo especial del conocer.

El por qué se hace, pues, urgente un tratamiento filosófico de las cuestiones históricas, puede resumirse en dos puntos fundamentales:

1. La aparición de la historia como actividad eminentemente científica.
2. La ineficacia de las epistemologías anteriores para -- explicar en qué consiste el conocimiento histórico.

1. Es a partir del Siglo XVIII que la historia aparece como conocimiento sistemático dentro del universo del pensamiento humano. Esta afirmación no pretende negar el hecho de que en épocas anteriores hubiera investigaciones históricas, o incluso, que se pensara acerca de la historia. Lo que sucede es que en realidad la historia no se había estructurado -- como una disciplina científica y por tanto no se consideraba que mereciera un tratamiento especial e independiente de los demás conocimientos.

Toda la primera parte de la obra Idea de la Historia, está dedicada precisamente a la exposición de cómo la idea de la historia va transformándose a través del desarrollo del pensamiento, partiendo de la historia teocrática y mitológica, hasta convertirse finalmente en una actividad netamente científica que se consolida en el presente Siglo.

Collingwood considera que hay tres etapas fundamentales en el pensamiento filosófico por las que transita la idea de la historia:

A.- La Filosofía griega:

Es en esta etapa precisamente en la que nace la historia, como nombre y como actividad. Podemos citar a Heródoto y a Tucídides como los padres del estudio histórico, en el sentido de haberse apartado de la explicación teocrática y mitológica de los sucesos humanos para dar lugar a una explicación que -- pretendía responder preguntas concretas haciendo referencia a los testimonios con los que contaban. Ahora bien, si la filosofía clásica griega puede caracterizarse más exactamente por el interés en el estudio de las matemáticas y no por el estudio de la historia, se debe a que uno de los viejos ideales griegos era el de encontrar algo inmutable, permanente, opuesto a lo transitorio y cambiante, y tal ideal se cumplía preci-

samente en el objeto matemático. Usando una clásica terminología de los filósofos griegos, las matemáticas son episteme, mientras que el estudio de la historia es doxa, pues su objeto es algo que no permanece, que muda y se transforma día con día. Por otro lado hay que tomar en cuenta que el historiador de aquella época contaba con instrumentos rudimentarios para su investigación: los testimonios se reducían a la tradición oral y escrita que podían suministrar algunos cronistas y observadores de los acontecimientos que ellos consideraban importantes.

B.- La Filosofía Medioeval:

La idea de la historiografía medioeval se nutre principalmente de los conceptos implicados en la religión cristiana. En primer lugar se concibe el proceso histórico, no como la realización de los propósitos humanos, sino divinos; en cierto sentido el hombre es agente de la historia, pero en otro no lo es, pues aquellos propósitos que cumple, según esta concepción del discurrir histórico, no pudieron haber sido otros. De esta manera también, ya no se concibe a las instituciones a los pueblos como poseedores de un carácter eterno o supra-histórico; son instancias que se modifican en el proceso histórico accidental y sustancialmente.

Con frecuencia se afirma que en esta época surge la histo

riografía universal. En efecto, a partir del principio cristiano de que todos los hombres son iguales, la historia, como la realización de los propósitos divinos, dejará de cumplirse sólo en aquellos pueblos que se piensen elegidos de Dios, extendiéndose a todo pueblo y toda raza del planeta. Finalmente, el ordenamiento cronológico, lo que Collingwood llama "la historia apocalíptica" (3) (antes y después de Cristo), surge también en esta época creándose así un único marco cronológico para todos los sucesos.

A pesar de los elementos positivos que pudieran encontrarse en esta concepción de la historia como realización de los propósitos divinos, no puede considerarse como una historia científica, en la medida que la problemática histórica se trasladada al terreno de la teología.

C.- La Filosofía Moderna:

Collingwood considera que esta etapa de la filosofía se caracteriza por su interés en el estudio de las ciencias naturales y, como consecuencia, por su ignorancia respecto a los problemas teóricos que pudieran suscitar actividades tales como el estudio histórico. No obstante, es evidente que tal actividad, en su afán por convertirse en una actividad científica,

(3) Ibidem p.p. 58

ca, se vió beneficiada por muchos de los resultados de las investigaciones realizadas por los filósofos de esa época, incluso por aquellos que pudieran considerarse anti-historicistas.

Descartes, por ejemplo, al conceder la supremacía a las ciencias exactas, como un tipo de conocimiento cierto y confiable, ignoró por completo el valor que pudieran tener las explicaciones históricas, pero dicha posición, como el mismo Collingwood lo reconoce, vista en perspectiva, resulta ambigua: por un lado no le confiere al estudio histórico el carácter de conocimiento cierto que confería a las matemáticas y a la física, pero por otro lado, a partir de la formulación de sus Reglas del Método, la historiografía posterior se nutre de dichos principios y los adopta al modo de proceder de tal investigación, fortaleciendo así su carácter de tarea científica. La misma actitud anti-historicista de Descartes es causa de dos reacciones fundamentales para la idea de la historia: la primera, proveniente de Vico (S. XVIII), totalmente explícita y en pro de la actividad historiográfica, y la otra de Locke, que si bien no indica de manera directa su adhesión a dicha actividad, algunos de los pasajes del Ensayo sobre el Entendimiento humano, pueden interpretarse en este sentido.

Para Vico el criterio de claridad y distinción de las ideas - no es un criterio de verdad para el conocimiento, y por tanto, no es aplicable al conocimiento histórico. Tal criterio, afirma Vico, pone de manifiesto nuestra creencia en tal o cual idea, pero de ninguna manera su verdad. El criterio de verdad debe buscarse a partir del estudio de los límites y alcances del conocimiento, es decir, en el análisis de cómo se crea o se construye una cierta idea o conjunto de ideas. Una cosa puede ser conocida sólo si la mente es capaz de crearla (o recrearla). De esta manera las matemáticas son comprendidas por los sujetos, pues son la creación intelectual de ellos mismos o de otros. Al contrario de la fórmula idealista de "ser es - percibir", Vico postula la idea de que la existencia del objeto no depende de la idea que el sujeto se ha formado de él; esto es, el conocimiento no implica la existencia (por lo menos en un sentido causal), sino que la creación de un objeto, su existencia, es condición sine qua non del conocimiento.

La historia, como creación humana de lenguajes, costumbres, instituciones etc., es susceptible de ser conocida de la misma manera que las matemáticas son conocidas y comprendidas. La historia no es un proceso humano que siga o realice un plan pre-existente, ni hay prueba de que el hombre primitivo haya vislumbrado el desarrollo futuro de la sociedad. Por el con-

trario, la historia es puro pasado, el discurrir continuo de sucesos humanos que el historiador recrea, de tal suerte que así los conoce, los comprende y los explica. Vico concebía el desarrollo histórico como un proceso en espiral en el cual es posible encontrar aspectos análogos, similudes, etc., pero no nos es lícito pensar que la historia se repite; los aspectos análogos entre una sociedad y otra, frecuentemente son interpretados como "enseñanzas" de una nación a otra. Esta idea niega el carácter creativo que toda nación posee, simplifica sus logros y avances, impidiendo la comprensión de sus características propias y distintivas.

"El segundo ataque al cartesianismo y seguramente el más eficaz por lo que toca a las consecuencias históricas, fue el lanzado por la escuela de Locke, cuya culminación es Hume". (4)

Locke no dedicó, al contrario de Vico, un escrito que contribuyera a la defensa de la historiografía, pero puede considerársele un espíritu profundamente arraigado a tal problemática. De esta manera es interpretada por Collingwood su referencia a un "método histórico llano" en la introducción al Ensayo y también su intento por construir una ciencia del entendimiento humano.

(4) Ib. p.p. 77

En primer lugar, el Ensayo tiene la intención, como el mismo Locke lo expresa en la "Epístola al lector", de erradicar muchos de los errores y falacias que se comenten en las discusiones de los hombres, intención que podríamos llamar -- práctica, puesto que busca un camino por el cual se facilite y esclarezca la discusión en la que se empeñan filósofos y -- aficionados. Es claro que en este punto Locke está muy cerca no al espíritu que impulsara a Descartes en la construcción de las Reglas del Método. Por otro lado, y como consecuencia de lo anterior, hay en la investigación de Locke el propósito de polemizar sobre los problemas más acuciantes que se heredarán de la filosofía cartesiana, tales como la teoría de las ideas innatas y el origen del conocimiento.

Lo que a nosotros nos interesa destacar es el hecho de que el "principio del empirismo" lanzado por Locke reorienta a la filosofía en el camino del estudio histórico, aunque esta no fuese la intención de Locke ni de los otros empiristas.

Esta reorientación hacia el estudio de la historia puede verse, principalmente, en la crítica de Locke a la teoría de las ideas innatas y en la enunciación del principio de que todo conocimiento proviene de la experiencia.

En efecto, Locke intenta probar que la teoría de las ideas

innatas no tiene un respaldo teórico suficiente para ser establecida. Podemos pensar que el acuerdo universal sobre ciertos principios auto-evidentes como "lo que es, es" o la ley - del tercero excluido, etc., se debe a que estos y otros principios son propios de todo entendimiento, que están inscritos - en todas las mentes; sin embargo, Locke considera que podrían formularse otras hipótesis que explicarían de igual manera el porqué convenimos en aceptar tales principios como absolutamente verdaderos; de hecho, tal acuerdo universal no existe y es fácil constatarlo observando los diversos cuestionamientos que se les han hecho, dentro y fuera de la filosofía. Si tal hipótesis del acuerdo universal es un supuesto falso y por lo tanto no sirve para respaldar la teoría de las ideas innatas, hay que desecharlo. Podría argüirse que las ideas innatas no son ideas de las cuales hayamos sido conscientes desde nuestro nacimiento, tesis que sería fácilmente rebatible, sino que son innatas en el sentido de resultar evidentes en el momento en que conocemos el significado de los términos que contienen, pero entonces - contra-argumenta Locke - no hay porqué llamarlas "innatas" pues de hecho no lo son: cualquier idea para ser comprendida requiere del previo conocimiento del significado de sus términos.

En oposición a la teoría de las ideas innatas, Locke formu

la la teoría de que todo conocimiento proviene de la experiencia, en sus dos modalidades: la sensación y la reflexión, "Existen otras ideas simples que llegan a la mente a través de la sensación y de la reflexión, a saber: el placer y su opuesto el dolor, la potencia, la existencia, la unidad." (Cap. VII Pag. 65)

Ahora bien, el rechazo de las ideas innatas y la afirmación de la experiencia como origen del conocimiento, puede ser visto como una nueva visión del papel que juega el elemento - histórico en el pensamiento humano: "La concepción de las - - ideas innatas es una concepción anti-histórica" (5)

Tratemos de explicar la oración anterior. Si aceptamos, junto con el innatismo, que existen ideas innatas, no como -- contenidos mentales sino como posibilidades de pensar de una cierta manera, también tendríamos que aceptar que cualquier - sujeto puede, potencialmente y por sí mismo, obtener algún -- tipo de conocimiento, de tal suerte que no sería necesaria la labor que corresponde a la investigación histórica en su función de recopilar las ideas y pensamientos de los hombres. Esto es, la historia no narra hechos y sucesos pasados con

(5) Ibidem. p.p. 78

el objeto meramente de describir circunstancias y situaciones interesantes, sino con la idea de dar a conocer lo que el hombre ha pensado acerca de esas circunstancias y situaciones, y además, resulta evidente que el hombre obtiene conocimiento a partir de su propia experiencia como sujeto histórico y a partir de la experiencia de otros sujetos. Al hacer hincapié en la experiencia como origen y posibilidad del conocimiento, Collingwood señala al empirismo inglés como el inicio de un - un cambio en el pensamiento europeo que tendrá como resultado una idea de la historia como actividad científica.

Pero Collingwood va más allá en su interpretación de las ideas de Locke y afirma que la ciencia de la naturaleza humana, afán perseguido por Locke y Hume, no es otra que el estudio histórico mismo, y por ello encuentra especialmente significativo el hecho de que el autor del Ensayo sobre el entendimiento humano llamara a su método de investigación un "Método sencillo" histórico" (6).

El hecho de que Locke no vislumbrase tales alcances de - su investigación, radica en el error de considerar a la mente humana como una entidad que puede ser abstraída del proceso -

(6) Locke, John, Ensayo sobre el Entendimiento Humano, p.p. 26, Aguilar, B.I.F., Buenos Aires, 1970

histórico; esto es, se la considera de la misma manera que son considerados los objetos de los que se ocupan las ciencias naturales y se le aplican los mismos métodos de investigación. Si Locke hubiera llevado a sus últimas consecuencias el empleo del "Método sencillo "histórico"", habría descubierto que la ciencia histórica es la ciencia del entendimiento humano.

la tarea que pretendía realizar la ciencia de la naturaleza humana se realiza de hecho por la historia y sólo por ella... la historia es lo que creía ser la ciencia de la naturaleza humana." (7)

El empirismo inglés, sin embargo tuvo un efecto importante en el pensamiento de la Ilustración que tenía por objeto la desacralización del pensamiento, el rechazo a toda opinión proveniente de autoridades religiosas y el establecimiento de la verdad por el mero uso de la razón. Este movimiento intelectual que alcanzó importantes consecuencias políticas y sociales, dió a la historiografía muchos de los supuestos por los cuales la historia es considerada una actividad científica. Como en los anteriores párrafos mencionados, Collingwood ve en esta etapa del pensamiento una doble tendencia: por un lado, la Ilustración marca una orientación definitiva hacia la histo

(7) Collingwood, R.G., Op. Cit., p.p. 204

riografía y, por otra parte, considera que sus mismos excesos, debidos en gran medida a la utilización política de muchos de sus principios, la imposibilitan a tener una real comprensión de los problemas históricos.

"La Ilustración en su sentido más estrecho, es decir, como un movimiento esencialmente polémico y negativo, una cruzada contra la religión, jamás pudo llevarse más allá de su origen..." (8).

La gran aportación de la Ilustración, en conexión con la historiografía, radica en el hecho de concebir a la historia como un proceso netamente humano, y por tanto, explicable a la luz de la razón humana. En cuanto proceso humano, esta nueva historia vuelve sus ojos al pasado buscando una explicación al margen de propósitos divinos, como acontecimientos cuyas causas son las acciones de los hombres. Ahora bien, esta nueva concepción, opuesta a toda visión religiosa, vé el pasado regido por la irracionalidad, por ideas y creencias contrarias a la razón, e intenta dar explicación a los sucesos históricos a partir de criterios objetivos: circunstancias geográficas, medio ambiente, etc., cuyo papel en la investigación quizás -- fue exagerado en su momento (v. Montesquieu), pero que una vez

(8) Ibidem p.p. 84

considerados han permanecido como criterios importantes de la historiografía.

Así pues, Locke por una parte, y el movimiento de la ilustración por la otra, son para Collingwood los intentos más importantes y significativos en el proceso de construcción de una historiografía crítica, de una idea de la Historia como idea fundamental del conocimiento humano.

Si estos intentos no lograron totalmente el descubrimiento de la ciencia histórica como la ciencia que explica el proceso del entendimiento humano se debió en gran medida, a sus propias limitaciones históricas, pero también al haber utilizado a las ciencias naturales como modelos de explicación, y al hacerlo, tomar al entendimiento como un objeto fuera del proceso histórico. Esto es, consideraron que no está sujeto al devenir histórico, de la misma manera que los fenómenos naturales.

Pero este principio no sólo es falso, sino que lleva a contradicciones: pues si la ciencia del entendimiento humano, o la ilustración, tenían como objetivo hacer ver los errores que comete el entendimiento para así evitarlos, en el futuro el entendimiento obraría de maneras distintas; esto es, sufriría cambios sustanciales, por tanto, habría que aceptar que para comprenderlo es necesario examinarlo dentro del proceso histó-

rico mismo.

2. Hemos mencionado, hasta aquí, cómo es que a lo largo - de algunos períodos de la filosofía occidental, el problema del conocimiento histórico no se plantea como problema importante, o si se quiere, cómo es que para algunos autores el problema del conocimiento histórico no se plantea como problema a considerar independientemente, sino más bien como consecuencia de las investigaciones acerca de otras ciencias.

Ahora bien, ante tal ineficacia de las epistemologías anteriores para explicar el conocimiento histórico, Collingwood se da a la tarea de buscar los principios epistemológicos que pudieran servir para dar razón de este tipo de conocer. Esta preocupación del filósofo inglés tampoco encontró salida en la filosofía imperante en el círculo académico de Oxford al que pertenecía. La filosofía realista que dominaba en aquél momento fue duramente atacada por Collingwood, quien se sentía más cercano a pensadores de poca influencia como Bradley y Green.

Hay que recordar que para Collingwood la filosofía no debe tender un puente entre el sujeto que conoce y el objeto conocido, pues el conocimiento no proviene de dos realidades distintas; al considerarlo así no podemos evitar el hacer hincapié en alguna de ellas, cayendo necesariamente en un subjetivi-

vismo simplista: "Los realistas oxonienses hablaban como si el conocer fuera una simple "intuición" o una simple "aprehensión" de alguna "realidad"" (9). Consideraban que el conocimiento - consiste en colocarse en la situación adecuada para aprehender las cualidades del objeto. Lo importante, desde el punto de - vista del realismo, es lograr la "co-presencia" con el objeto. Bajo esta concepción, es claro que el conocimiento científico será el conocimiento objetivo por excelencia, pues la ciencia posee los elementos e instrumentos pertinentes para colocar - al sujeto en la circunstancia adecuada para conocer los objetos.

Para Collingwood el conocimiento no es algo que se obtenga en el sentido de realizar acciones a, b, y c, previas al conocimiento, sino que consiste en uno y el mismo acto que se -- realiza en una pregunta y una respuesta. "Empecé por observar que no se puede saber lo que un hombre quiere decir por el simple estudio de sus declaraciones orales o escritas... A fin de encontrar su significado hay que saber también cuál fue la pregunta... a la cual quiso dar como respuesta lo dicho o escrito." (10)

(9) Collingwood, R., G., Autobiografía, p.p. 33 F.C.E.

México, 1974

(10) Ibidem. p.p. 39

Ahora bien, pregunta y respuesta mantienen una relación, podríamos decir, uno a uno, en tanto que cada respuesta contesta a una determinada pregunta. En cuanto al tipo de respuestas, éstas deben guardar una correlación con el tipo de preguntas a las cuales responden: a respuestas generales, corresponden preguntas generales; a preguntas particulares y concretas, respuestas particulares y concretas, etc.

Esta concepción del conocimiento difiere completamente de la tradicional concepción de la idea de contradicción entre dos proposiciones. Para que dos proposiciones sean contradictorias entre sí, deben ser ambas respuestas a una misma pregunta; por el simple análisis de los contenidos de dos proposiciones no es posible llegar a establecer que son contradictorias. Lo mismo sucede con la noción de verdad: la verdad de una proposición es relativa a la pregunta que responde, por ello su crítica a la lógica proposicional, pues una definición de verdad que no considera la pregunta a la cual responde la proposición que se dice verdadera, no tiene sentido.

Bajo esta concepción, una proposición es verdadera si:

- i) Es una proposición dentro de un complejo de preguntas y respuestas;

ii) Tal proposición responde a una pregunta; es decir, no ha sido introducida arbitrariamente;

iii) La pregunta a la que responde es una pregunta sensata, o bien, es una pregunta que "se suscita".

La misma oposición existiría entre la concepción de Collingwood y la teoría de la correspondencia, y también con la teoría de la coherencia entre las proposiciones; en general, Collingwood desapruueba todas aquellas epistemologías en donde no se considera como principio lógico necesario el que las proposiciones son respuestas a determinadas preguntas, en suma, que el conocimiento es una actividad interrogante. La lógica como principio metodológico debe ser una lógica de "pregunta y respuesta" y no una lógica de proposiciones.

Dentro de este sistema de conocimiento, las preguntas y respuestas pertenecen y constituyen un conjunto organizado en donde cada una ocupa el lugar que le corresponde, de acuerdo con un cierto orden. Cada pregunta debe ser una pregunta a la que se dió lugar; es decir, toda pregunta es una pregunta que se "suscita", aunque de ninguna manera debe entenderse que la pregunta está siempre a la mano; por el contrario, en la mayoría de los casos hay que rastrearla. Cada respuesta debe ser la respuesta "justa", que no es lo mismo que verdadera, sino -

que permite continuar (hasta donde sea posible) la cadena de - preguntas y respuestas.

"Ahora bien, la pregunta"¿A`qué pregunta intentaba dar res puesta Fulano por medio de esta proposición?" es histórica, y por tanto, no es posible resolverla sino por métodos históricos". (11)

Podríamos preguntarnos ahora ¿cómo es posible saber cuándo una pregunta se suscita? porque muy bien podríamos caer en la situación de no formular la pregunta pertinente lo que nos llevaría al fracaso del conocimiento del hecho.

Collingwood intenta, en repetidas ocasiones, arrojar luz sobre este punto, tomando como ejemplo el caso del individuo - que viendo estropeado su automóvil se da a la tarea de averiguar la causa de la avería. El individuo puede formularse varias preguntas, llamémoslas A, B y C:

A: ¿Habrà fallado la corriente eléctrica?

B: ¿Se habrá terminado la gasolina?

C: ¿No servirá alguna bujía?

A, lo conducirá al examen de la transmisión eléctrica. Supongamos que el sujeto ha verificado que funciona correctamente. Ahora revisará qué tanto combustible hay en el tanque de

(11) Ibidem. p.p. 46

gasolina del automóvil. Supongamos nuevamente que verifica - que hay suficiente como para recorrer varios kilómetros. Para responder a C tendrá que revisar cada una de las bujías, y revisando éstas se da cuenta que una de ellas está mal colocada. Este descubrimiento lo llevará a responder no sólo a la pregunta C, sino a una pregunta más general y que es la que realmente importa (aunque no la haya formulado en primera instancia), a saber: ¿cuál es la causa de la avería del automóvil?. Esta es la pregunta que suscita en relación al hecho, y para responder a ella se han suscitado A, B y C, pero claramente, no se suscitaría:

¿A cuántos kilómetros estará el taller mecánico más cercano?

Porque respondiendo a esta pregunta no se resuelve el problema de cuál es la causa de la descompostura del automóvil.

De lo anterior se sigue que una pregunta se "suscita" cuando al responderla, sabemos cuáles son las causas de un cierto evento X. Tal pregunta no se presenta sola, sino dentro de una serie de preguntas a las cuales se irá dando respuesta, de manera que al descartar las respuestas porque no respondan a la pregunta más general, nos quedaremos con una o más que respondan a la pregunta fundamental y que será la que se "suscita" en

relación directa con el hecho que nos interesa conocer. De esta manera, la obtención del conocimiento sólo es posible a través de la formulación de un complejo de preguntas suscitadas en relación a un evento, y por ello no basta la co-presencia, pues ésta podría lograrse y el sujeto puede no haber formulado las preguntas pertinentes que lo llevarían al conocimiento.

No nos detendremos por el momento en el problema de la causalidad en la historia, pues será tratado en capítulos posteriores. Intentaremos mejor finalizar este capítulo, con las ideas más importantes que se han tratado de exponer en él:

1. Que la postura de Collingwood en relación a la filosofía de la historia intenta mostrar que esta actividad no puede plantearse al margen de cuestiones metafísicas y epistemológicas.
2. Que en tanto que no ha habido una epistemología que intente adecuarse a la problemática histórica, la filosofía de la historia debe escoger sus propios principios epistemológicos.
3. Que aquellos principios que según Collingwood deben fundamentar el problema del conocimiento histórico, son;

A) El conocimiento no proviene de realidades distin
tas (sujeto y objeto. y B) El conocimiento es una
actividad interrogante.

C A P I T U L O I I

EL HECHO HISTORICO

Nuestro interés en el presente capítulo es hacer una descripción, lo más completa posible, de lo que Collingwood entiende por hecho histórico. Su concepción de este tipo de realidad está dada a la luz de la polémica que entabla con lo -- que él llama las posturas "positivista" y "evolucionista" de la historia.

Antes que nada debemos aclarar qué entiende Collingwood -- por estos dos términos: en primer lugar, entiende por "positivismo" todo aquél pensamiento que considera a los hechos naturales y a los hechos históricos como fenómenos que pueden ser tratados por el mismo método de investigación, por el método científico; por otra parte considera el "evolucionismo" como -- aquella postura que consiste en aplicar un método comparativo simple, muy utilizado en ramas de la biología y otras ciencias al desarrollo de la historia. Ambas posturas están en relación estrecha, o si se quiere, provienen de un mismo error: el considerar como patrón o modelo de "cientificidad" a las ciencias naturales.

El hecho de que el positivismo se haya abocado a tal postura, se debe, en gran medida a que la filosofía occidental se ha permeado a lo largo de su desarrollo histórico de los avances y logros de las ciencias exactas, y de hecho, éstas le han

servido como modelo en sus investigaciones acerca del conocimiento.

En otro sentido, también fundamental, algunos filósofos consideran que el mismo desarrollo histórico del método científico ha demostrado una y otra vez su eficacia en cuanto método explicativo de la realidad, y no sólo es esta eficacia lo que lo ha colocado como modelo de investigación, sino la capacidad para señalar los límites y dificultades con las que nos topamos al intentar explicar algún fenómeno o suceso.

Porque de ninguna manera sería lícito el afirmar que aquellos que se abocan al uso del método científico, pretenden establecer que las explicaciones obtenidas a partir de él son verdades absolutas; por el contrario, si algo está implícito en las verdades de la ciencia es su carácter relativo en relación a un marco teórico de principios y supuestos.

Así pues, el método científico se ha considerado y se sigue considerando, por algunos filósofos, el camino seguro por el cual es posible llegar a la explicación de los hechos.

¿En dónde radica entonces la dificultad de querer considerarlo también como un método para la historia? podemos responder que la dificultad estriba en ciertos principios sobre

los cuales se basa este método y que tienen un carácter lógico.

A efectos de simplificación, diremos que el método científico, tal como es considerado por los positivistas, sigue los siguientes principios: formulación de hipótesis, deducciones o inferencias a partir de las hipótesis comprobación de hipótesis, formulación de leyes generales. De acuerdo con este esquema, los filósofos positivistas estarían de acuerdo en que la historia se aboca a todos estos principios. Trataremos de seguir esta argumentación para señalar posteriormente en -- dónde ve Collingwood el error de esta postura.

Que la historia formula hipótesis parece indudable, pues, ¿cómo podría entonces partir en su investigación?. De acuerdo con Nagel y Cohen en su artículo "La inferencia probable en la historia y campos afines" (2), la historia formula hipótesis desde el momento en que el historiador escoge o decide el período histórico que le interesa investigar, pues esta decisión implica un cierto supuesto de cuáles son los hechos importantes en relación a un suceso, cuáles acontecimientos deben tomarse en cuenta y cuáles dejarse de lado, etc., etc.,. Además,

(2) M. Cohen y E. Nagel, Introducción a la lógica y al método científico, vol. II, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1971.

debemos tomar en cuenta que la historia nos interesa porque arroja luz sobre los acontecimientos del presente; al escoger un período específico de la historia, el historiador supone que tal período es "relevante" para dar explicación a otros sucesos, y dentro de ese período eligirá un conjunto de sucesos que supondrá "significativos" para su investigación.

Así pues, estas hipótesis descansan en un cierto supuesto implícito de lo que es importante o significativo de los hechos históricos. Por esto mismo un historiador puede hacer hincapié en el aspecto económico de un cierto período histórico, mientras que otro, que esté interesado por el mismo tema, hará resaltar el desarrollo cultural de los pueblos, etc. y ambos historiadores estarán dando por sentados algunos supuestos y tratando de probar distintas hipótesis.

"Estas suposiciones dependen de teorías acerca de la causación social y la conducta humana, teorías que tienen los resultados fundamentales a que llega el historiador." (13)

Las hipótesis que formula el historiador se encuentran en distintos momentos dentro del proceso de investigación que lleva a cabo: al preguntarse acerca de la autenticidad de los datos con los que cuenta, o de la fidelidad de las fuentes;

(13) Ibidem. p.p. 157

al preguntarse qué pueden significar los rastros, documentos, inscripciones o cualquier otro vestigio; al preguntarse acerca de la validéz de las conclusiones a las que ha llegado, etc., en todos estos casos el historiador estará formulando - hipótesis que tratará de comprobar al cabo de su investigación.

A partir de varios supuestos pues, el historiador encaminará su investigación en un sentido o en otro con el fin de - explicar un cierto período de la historia o un cierto fenómeno ocurrido en el pasado. Las explicaciones que pretende dar el historiador serán inferidas de ciertos resultados, y tendrán un carácter distinto de aquellas provenientes de las ciencias naturales. El punto interesante de esta cuestión radica, en el hecho de que la explicación en las ciencias naturales es tá dada en un marco de certeza mucho más restringido que en las ciencias como la historia en donde se manejan contextos de probabilidad muy amplios, y por tanto, la certeza se convierte en "fuera de toda duda razonable". De hecho, el concepto de "probabilidad", utilizado en el estudio de la historia, a excepción de ciertos datos que pueden ser computarizados y medidos (como en algunas leyes de la Economía); está dado por la frecuencia relativa con que ocurren o han ocurrido ciertos

eventos. Si algún historiador se pregunta por ejemplo, acerca de las causas misteriosas por las cuales se extinguió la civilización maya, puede ofrecer razones A, B y C tales como:

A. Guerras con otros pueblos;

B. Guerras internas;

C. Hambre y epidemias;

razones que, de acuerdo con la observación de los efectos que producen tales factores en los grupos humanos y también tomando en cuenta situaciones similares sucedidas en el pasado, puede servir como explicaciones "fuera de toda duda razonable". Esto es, las ocurrencias mas o menos frecuentes de ciertos fenómenos y sus interrelaciones pueden servir como marco de referencia teórico para la explicación de otros sucesos, aún cuando de ninguna manera pueda ser sometida a pruebas más allá de la comprobación de la ocurrencia del evento.

Ahora bien, la misma situación ambigua prevalece en la cuestión de la formulación de leyes generales, y sin embargo, algunos filósofos aceptarían que a pesar de este carácter ambiguo la historia está en posibilidad de formular leyes, al igual que otras ciencias. Hemos tomado para ilustrar este punto, algunas afirmaciones de Quentin Gibson en la obra -

La lógica de la Investigación social. (14)

Este autor hace una clasificación de los siguientes tipos de leyes que frecuentemente se utilizan en las investigaciones. Por un lado tenemos leyes generales universales y -- por otro lado las de probabilidad (o de tendencia). Las primeras son las que comunmente llamamos "leyes causales" sin -- más, y que pueden enunciarse de la siguiente forma: "siempre que ocurra A, ocurrirá B". Las segundas podrían enunciarse de la misma manera, pero consideran en su formulación elementos aleatorios: "B ocurre cuando A ocurre".

Las leyes generales pueden ser restringidas o no restringidas. Las leyes generales restringidas son aquellas cuyo -- marco de referencia está dado con toda precisión en espacio y en el tiempo, por ejemplo: "los presidentes mexicanos posteriores a la Revolución son reformistas". Por otra parte, las leyes generales de carácter no restringido tienen un marco de referencia no establecido ni temporal ni espacialmente, por -- ejemplo: "toda reforma social beneficia a las clases populares". El carácter restringido de algunas leyes no debe confundirse con un carácter particular o "particularizador", puesto que la restricción no se aplica al número de individuos

(14) Editorial Tecnós, Madrid, 1974, Capítulos IV y XV.

que pudieran reunirse en la clase a la cual se refiere la -- ley.

Debemos mencionar también aquellos enunciados generales - tipo ley, que se conocen como "teleológicos" o "funcionales" y que toman en cuenta el fin o los fines que persiguen los individuos o las instituciones como la causa de los acontecimientos que se pretenden explicar, por ejemplo: "las reformas políticas se realizan con el fin de lograr una distensión en momentos de crisis".

Debemos preguntarnos ahora si el historiador necesita de la formulación de leyes, cualquiera sea su tipo. De acuerdo con una concepción positivista responderíamos que sí, puesto que toda ciencia enuncia leyes, y las enuncia porque ello le permite pasar de lo observado a lo no observado, es decir, a la posibilidad de poder explicar otros fenómenos. Esta idea ha sido muy claramente expresada por Dray en la misma obra - que mencionábamos al inicio del trabajo:

"Lo que sostienen (los positivistas), es una relación lógica y conceptual entre el poseer conocimiento de leyes y el poder dar explicaciones que sean definibles. Y se asegura también que lo que es cierto en cuanto a explicaciones en gene-

ral, debiera ser también verdad en cuanto a la explicación - histórica." (15)

Así pues, alguna de las razones que frecuentemente se manejan para defender la utilización de leyes en la historia, es aquella de que si la historia pretende explicar cierto tipo de sucesos, debe entonces enunciar leyes, ya que si no lo hiciera estaría limitada a la mera anécdota.

Volvamos ahora a Collingwood para quien la aceptación de que la ciencia histórica puede utilizar el método científico para explicar los sucesos de la historia, no sólo es un error, sino que resulta imposible: nunca lograría el investigador dar cuenta de lo que ha sucedido partiendo de los principios que la ciencia natural impone. El hecho de que algunos filósofos conciban tal posibilidad, se debe a una concepción indiscriminada de la realidad, pues suponen que toda realidad es histórica, o también que aunque los hechos de la historia puedan distinguirse de los hechos naturales, tales diferencias no son de terminantes para rechazar el empleo del método científico.

Para Collingwood este error se debe en gran medida la confusión que frecuentemente se hace de los conceptos de cambio e historia, como si designaran procesos similares. La divulga-

(15) Dray, William, Filosofía de la historia, U.T.E.H.A. Méx. 1965, p.p.10

ción de las teorías evolutivas de la naturaleza, ha contribuído a extender esta falacia. Al concebir que la naturaleza -- cambia de formas simples a formas más complejas, se ha querido interpretar este cambio como una especie de "historia" de lo natural, ignorando o aceptando equivocadamente la conclusión que se obtiene de tal supuesto: que el proceso histórico es también un proceso en donde los hechos cambian de formas - simples a formas más complejas. A reserva de que tal interpretación haya sido adoptada por algunos historiadores, de -- acuerdo con la visión de Collingwood, es inaceptable, pues los sucesos de la historia -para usar una terminología clásica en la filosofía- cambian accidental y sustancialmente, mientras que los hechos naturales sólo cambian accidentalmente.

Los fenómenos naturales pueden verse como modalidades de ciertas formas fijas, instancias que cambian y que constituyen precisamente el proceso natural. Un fenómeno natural siempre se repite de la misma manera mientras prevalezcan las circunstancias que lo hacen posible; se trata de estructuras o - formas fijas que no están sujetas, ellas mismas, al cambio -- aunque sus manifestaciones sí estén sujetas a variaciones. Por el contrario, en los asuntos humanos, como lo había demostrado ya claramente la investigación histórica en el siglo

XVIII, no hay tal repertorio de formas fijas." (16)

Tomemos dos fenómenos: ebullición y revolución, y tratemos de ver hasta dónde se cumple la distinción de la que habla Collingwood. El primero es ejemplo de un fenómeno natural, que puede ser descrito como el punto en el cual los líquidos alcanzan el grado de hervor, y el segundo lo tomaremos como ejemplo de un suceso histórico (o social). El fenómeno designado por "evullición" es un evento que se presenta siempre con las mismas características, cuyas causas suponemos que son siempre las mismas; aún cuando las presiones atmosféricas y las diversas densidades de los líquidos hagan varias los grados en que dicho fenómeno se realiza, su forma es la misma, las instancias de dicha forma son las que pueden variar, ser cometidas a control, etc., y por ello podemos distinguirlo sin mayores dificultades de otros fenómenos como la sublimación y la licuefacción.

En el caso de "revolución" (término tomado de la física y que significa "movimiento circular"), no se trata de un fenómeno que se repita siempre de la misma manera, sino varios acontecimientos que han sucedido en tiempos y lugares diferentes, cuyas causas y efectos varían considerablemente de un

(16) Collingwood, Idea de la Historia, p.p. 206

caso al otro. La Revolución Mexicana y la Revolución Francesa, son dos sucesos que -dejando de lado las definiciones puramente lexicográficas- difícilmente pueden verse como instancias de una misma forma o estructura fija. De hecho "revolución" no designa un hecho concreto, sino que intenta reunir características muy amplias en las cuales pueden ser enmarcados ciertos sucesos sociales. Sin embargo, podríamos pensar que dentro de una cierta teoría social en donde se determinara de una manera, lo más precisa posible, lo que el investigador entiende por "revolución", podría asignar tal término a algún fenómeno con tantas o tan pocas dificultades como el físico o el químico que intente determinar el grado de abullición de algún líquido.

Por otro lado, resulta interesante confirmar que algunas tendencias dentro del estudio histórico posterior a Collingwood han tratado de encontrar ciertas "regularidades", o como afirma E.H. Carr en ¿Qué es la Historia?, "El historiador no está realmente interesado en lo único sino en lo que hay de general en lo único" (17). En efecto, muy al contrario de lo que Collingwood pensara en los años veintes, parecería que en el desarrollo histórico pueden encontrarse ciertas formas "fi

(17) Editorial Seix Barral, Barcelona, 1973, p.p. 85

jas" o "constantes" de las cuales algunos fenómenos que han -
ocurrido en distintas épocas pueden verse como sus instancias,
sin que por ello caiga necesariamente en una postura positivis
ta.

Ahora bien, en la época en que Collingwood se ocupaba de
estas cuestiones, eran los positivistas post-comtianos los -
que enunciaban teorías en donde se identificaba el cambio y -
la "historicidad", y contra ello argumenta Collingwood:

"La filosofía política de Platón y Aristóteles, enseña, -
en efecto, que las ciudades-estado se transforman, pero la --
idea de la ciudad-estado permanece por siempre... De acuerdo
con las ideas modernas, la ciudad-estado es cosa tan transito
ria como Mileto o Sivaris. No es un ideal eterno, era simple
mente el ideal político de los antiguos griegos." (18)

Así pues, a pesar de las posibles analogías que se pudie
sen encontrar entre el proceso histórico y la evolución natu
ral, cualquier historiador reconocería que la ciencia históri
ca se refiere siempre a los asuntos humanos, es res gestae.
¿Pero qué respondería el mismo historiador si le preguntáramos
qué es un hecho histórico?. De acuerdo con Collingwood, el
historiador respondería que un hecho histórico es un aconteci

(18) Op. cit. p.p. 206

miento que presenta una doble estructura: una estructura interna y una estructura exterior. "Por exterior del acontecimiento quiero decir todo lo que le pertenece y que se puede describir en términos de cuerpos y sus acontecimientos... Por interior del acontecimiento quiero decir lo que de él sólo puede describirse en términos del pensamiento." (19)

Trataremos de explicar esta idea tomando el caso, ya mencionado, del historiador que pretende explicar la desaparición de la Cultura Maya. El investigador dará una descripción detallada de las distintas épocas por las que transitó dicha cultura, rastreará sus movimientos en las distintas zonas de lo que hoy es el suroeste mexicano y Centroamérica, a partir de vestigios tales como monumentos, objetos diversos de uso doméstico y religioso, etc. Todo este trabajo descriptivo formará parte del aspecto exterior del acontecimiento. Si su investigación culmina en este punto, podríamos objetarle que no ha explicado el porqué del éxodo maya; para que dicha explicación pudiera considerarse completa (en el grado de terminación que pueden tener las explicaciones históricas), tendría que investigar también qué pensaban los mayas, tendría que describir los pensamientos que se "ocultan" en los monumentos y utensilios que aún podemos observar. Esta segunda parte de -

(19) Ibidem. p.p. 208.

su investigación correspondería a la parte interior del hecho histórico. A la unidad que conforman circunstancias espacio-temporales y pensamientos de los sujetos, Collingwood le llama "acción" para distinguirla de términos como "hecho" o "fenómeno" cuya estructura, como afirmábamos antes, es distinta.

En el capítulo anterior mencionábamos algunos principios epistemológicos importantes para la comprensión de la postura de Collingwood. Afirmamos que el conocimiento es una actividad interrogante; esto es, que no podemos saber cuándo algo es cierto si no conocemos cuál es la pregunta a la que responde cierta afirmación. Dentro de un esquema simple de las relaciones entre las preguntas y las respuestas hablamos de que las preguntas deben "suscitarse", y en seguida nos preguntábamos ¿cómo sabemos que una pregunta "se suscita"? A esto respondimos que "se suscita" cuando al responderla damos cuenta de cuál fue la causa que ocasionó un evento X.

De la misma manera, al estudiar las acciones históricas, el historiador procederá formulando preguntas, y el responderlas para explicar tales acciones deberá dar cuenta de sus causas.

Este "dar cuenta de sus causas", es igual a describir el aspecto interior del evento, es decir, la causa de un suceso

histórico es siempre un pensamiento. De aquí que la consideración de un aspecto interior y un aspecto exterior de las acciones, no es un principio lógico-metodológico que imponga al historiador, es la estructura de la acción, la realidad histórica misma la que se le impone. Podríamos adelantar entonces la conclusión de que para Collingwood, la estructura ontológica de los sucesos históricos es la que fundamenta y determina la construcción lógica de las explicaciones, el método de investigación a seguir. Así interpretamos el significado de la tan conocida frase de Collingwood de que "Toda historia es la historia del pensamiento", (20) pues ¿cómo podría el estudio histórico dar razón de la historia si no es a partir de las causas de las acciones, es decir, a partir del pensamiento?.

Pasemos ahora a examinar más detenidamente qué puede que rer decir que la causa de una acción es el pensamiento del sujeto.

En An Essay on Metaphysics (cap. XXIX), Collingwood explica qué tipo de causa es la causa histórica y para ello dará una clasificación de los diversos sentidos que históricamente se han dado al término, aunque obviamente, no son los únicos. La clasificación de Collingwood es la siguiente, de

(20) Ibidem. p.p. 210.

acuerdo con un orden de ocurrencia histórica:

- I. "C es causa de E" en donde C es un agente y E una acción, significa que C ha causado E libremente e impulsado por un motivo.
- II. "C es causa de E" en donde "lo causado" es un hecho - de la naturaleza y es causado por un evento o estado de cosas tal, que "previniéndolo" o "produciéndolo" hemos prevenido o producido la causa.
- III. "C es causa de E" en donde C y E son eventos de la naturaleza que mantienen una relación uno a uno tal, que:
 - a) si la causa se da o existe, el efecto debe darse o existir, aún cuando otras condiciones no estén dadas;
 - b) el efecto no puede darse o existir a menos que la causa se dé o exista;
 - c) la causa (en un sentido problemático y ambiguo), precede al efecto, de tal manera que sin esta prioridad temporal no podríamos decir cuál es cuál.

De estos tres sentidos podemos reconocer que el sentido - I, es el sentido histórico de causa, en tanto que sus elemen-

tos constitutivos son el objeto de la historia.

"Cuando los historiadores hablan de causas, este es el sentido en el que están usando la palabra, a menos que estén emulando los métodos y el vocabulario de la ciencia natural."
(21)

El sentido II hace referencia a la participación que el sujeto tiene en la previsión y producción de ciertos efectos - en la naturaleza, se trata del uso de la causalidad en ciencias prácticas como la ingeniería o la medicina. El tercer uso es el que se conoce como "ley de la causalidad", y contrariamente a lo que pudiera pensarse, éste depende del sentido I y no a la inversa. Este tipo de causalidad es el propio de las ciencias, como la física. Pero puesto que es el sentido I el que nos interesa, tratemos de analizar los elementos que intervienen en su formulación. Textualmente se enuncia así:

"Aquí aquello que es 'causado', es el acto libre y deliberado de un agente responsable, y 'causarlo' o hacerlo significa motivos para hacerlo."

(21) Collingwood, R.G., Essay on Metaphysics, Oxford University Press, 1969, p.p. 286

(22) ibidem.

Se trata de un enunciado general causal, tipo ley, en -- donde la causa de la acción es el motivo que llevó al sujeto a actuar.

La causa de la acción posee dos elementos sine qua non: una causa eficiente o causa quod y una causa final o causa ut. La causa quod es un estado de cosas sabidas o creídas por el sujeto y la causa ut es la intención del sujeto.

Tomemos el siguiente ejemplo: un individuo que compra un seguro contra incendios para su casa. La causa quod está -- constituída por la creencia del individuo en la probabilidad de que su casa se queme, esta creencia esta basada en el conocimiento de casos anteriores en donde esto mismo ha sucedido; por otra parte, la causa ut es la intención de querer proteger su casa de un accidente semejante. Ninguno de ambos aspectos sería suficiente, tomándolo por separado, como causa -- de la acción de pagar un seguro.

Existe otra circunstancia bajo la cual puede hablarse de causa en el sentido I, aquel en donde el agente realiza la acción, persuadido por otro sujeto, en su creencia o en su intención, para hacer algo. En ambos casos el individuo que -- realiza la acción es el que la ha causado, aún cuando haya -- sido persuadido por otro, pues a pesar de tal persuasión ha

actuado de manera 'libre y deliberada'. El sujeto que ha convencido el otro para actuar es responsable de su propia acción. Cuando un individuo actúa por propio convencimiento, se dice que su acción fue realizada por una causa sui, pues tanto sus creencias como sus intenciones son independientes de otros sujetos.

Así pues, para Collingwood, cuando el historiador ha descrito las circunstancias espacio-temporales de una acción, analizando las intenciones que el sujeto tuvo para actuar, puede afirmar que ha logrado explicar la acción.

No todos los filósofos interesados en estas cuestiones aceptarían que las explicaciones basadas en las intenciones de los sujetos son explicaciones aceptables, más aún, afirmarían que no es lógicamente posible si no se hace uso también de otras leyes de tipo general.

Algunos de los problemas que pudiera suscitar la afirmación de que es posible explicar las acciones en base a intenciones, estriba en el hecho de que no basta hacer referencia a éstas, sino también a los motivos que tenía el sujeto que actuó. Podemos hacer la siguiente distinción entre motivos e intenciones: digamos que una intención es "una ocurrencia mental que precede a la acción... un punto culminante que, una -

vez dado y bajo condiciones favorables, provoca la realización de la acción..."(23), y digamos que los motivos"... Son estados duraderos de la mente que pueden pervivir durante -- períodos más o menos largos. Estos estados mentales duraderos se llaman "disposiciones." (24)

El hecho de que tenga que intervenir el análisis de los motivos, complica la situación de las explicaciones sobre intenciones, pues nos remiten a un campo sumamente complejo. Si los motivos son estados mentales duraderos, o "disposiciones" para actuar, tendríamos que tener conocimiento de cómo estas disposiciones, en un momento dado, pueden llevarnos a formar una intención para actuar de tal o cual manera. Tenemos que tomar en cuenta también que el sujeto no sólo tiene motivos y forma intenciones, sino que tiene ciertas creencias acerca de las circunstancias que lo llevarán a realizar óptimamente su acción. Un individuo puede tener motivos para actuar de cierta manera, y no haber encontrado las circunstancias adecuadas para formar la intención de actuar en ese sentido.

Pensemos por ejemplo que el Presidente de la República -- decreta una reforma en el sistema educativo del País. Creería-

(23) Gobson., G. Op. cit. p.p. 49

(24) Ibidem. p.p. 50

mos, sin duda alguna, que esta acción no fue producto de un impulso del momento. Podríamos pensar que los motivos que lo llevaron a actuar de esa manera son sus deseos de mejorar el sistema de educación, y finalmente, podríamos afirmar que lo hizo en ese momento y no en otro porque tenía la intención de acaparar la atención de la opinión pública en el momento en que los individuos tienen centrada su atención en quién puede ser el próximo candidato a la presidencia de la República. Ahora bien, entre los motivos del Presidente y su intención para realizar dicha acción, habría que efectuar una valoración para decidir qué fue lo realmente decisivo en su obra, y para lograr dicha valoración tendríamos que recurrir a explicaciones acerca del carácter de la conducta más o menos frecuente del Presidente. Así nos veríamos forzados a decir, por ejemplo, que lo decisivo en su acción fue su deseo de mejorar las condiciones educativas del País, poniendo de relieve su carácter 'bien intencionado'; o bien que lo que decidió su actuación fue el momento político que vive el País. En todo caso, ambas explicaciones parecen estar suponiendo enunciados generales, que de acuerdo con una concepción como la de Collingwood, no son necesarios para explicar las acciones históricas.

Las afirmaciones generales que parecen estar supuestas en las explicaciones que proporciona un historiador, tal como

lo concibe Collingwood, podrían ser del siguiente tipo:

"Las acciones realizadas por los individuos no son causa das por impulsos momentáneos" o

"Siempre que alguien decide actuar, lo hace en el momento oportuno", y algunas otras.

Algunos de los críticos de Collingwood que lo colocan -- dentro de lo que pudiéramos llamar una posición "psicologista", van en este sentido. Pues si tratamos de analizar los términos implicados en los enunciados generales que subyacen a las explicaciones en base a motivos, nos daremos cuenta que hacen referencia a actitudes o conductas que supuestamente investiga la psicología.

Es importante señalar que el modo como Collingwood concibe al historiador está condicionado por el momento histórico -- del propio Collingwood. Las teorías positivistas derivadas de la filosofía comtiana, habían afectado no sólo a la filosofía.

Collingwood está polemizando con un tipo de historia que había exagerado el carácter objetivo que toda ciencia debe tener, convirtiéndose en una historia de recuento de datos y sucesos y que evitaba lo más posible hacer referencia a aspectos "subjetivos" del comportamiento humano. Podemos también encon

trar ejemplos de historiadores cuya tarea fundamental estaba centrada en encontrar alguna ley del desarrollo histórico que le permitiera explicar las distintas etapas por las que transitan las sociedades humanas.

Los trabajos de Toynbee y Spengler, serían ejemplos claros del tipo de historia en la que está pensando Collingwood. Ambos tratan de adoptar los métodos de las ciencias naturales para dar explicación del discurrir histórico. Esto nos permite tener una apreciación más justa de las ideas expresadas -- por Collingwood en relación a la realidad histórica.

Tomemos así, como idea central del capítulo, la concepción de Collingwood según la cual el hecho histórico posee una doble estructura; circunstancias espacio-temporales y pensamientos, que son la causa de las acciones. Partiendo de esta concepción, pasaremos a exponer en qué consiste el método del re-pensar y trataremos de ver cuáles son algunos de sus supuestos más importantes.

C A P I T U L O I I I

EL RE-PENSAR

En el capítulo anterior nos ocupamos de revisar la Tesis de Collingwood, según la cual, los hechos históricos poseen una doble estructura: las circunstancias espacio - temporales y los pensamientos que son causa de las acciones de los sujetos. En el presente capítulo trataremos de examinar el método por el cual el historiador llega al conocimiento de los hechos históricos y las consecuencias que se derivan de la -- aceptación de tal método.

Así pues, las causas de los hechos históricos son pensamientos, y el historiador debe descubrir dichos pensamientos -- para poder dar una explicación de los hechos que le ocupan. En páginas anteriores mencionábamos algunos de los problemas que pueden suscitarse a partir de posturas que mantienen que -- los hechos de la Historia, pueden ser suficientemente explicados en base a los motivos o a los propósitos de los sujetos para actuar. Sin embargo, tales posturas dan lugar también a -- problemas de orden metafísico, y no sólo metodológico, algunos de los cuales mencionaremos a lo largo de este capítulo.

Partiremos de la afirmación de Collingwood de que a el método propio para la investigación histórica es el método de la re-creación, o el re-pensar, y que consiste en el acto del historiador que re-piensa o re-crea un pensamiento ya pasado:

el historiador debe ser capaz de pensar de nuevo, por si mismo, el pensamiento cuya expresión está tratando de interpretar." (24)

Tal método está impuesto por la naturaleza misma de las acciones históricas, como veíamos anteriormente, y no por requerimientos lógico-metodológicos, ajenos a la historia misma.

Puesto que la Historia nunca es algo dado que pudiéramos reconocer de manera más o menos inmediata, sino que es algo que escapa a nuestra percepción, al conocimiento directo, el historiador debe inferir los pensamientos que supuestamente son la causa de las acciones humanas que investiga: el historiador tiene que hacer uso de la inferencia, para poder llegar al conocimiento de las causas. Este tipo de inferencia es, sin embargo, totalmente distinta a la inferencia que utilizan las ciencias naturales, en donde lo que se infiere no son pensamientos, sino regularidades acerca de los fenómenos.

En este sentido afirma Collingwood que la historia es una actividad constructiva, puesto que la labor del historiador -- consiste en re-construir ciertos procesos pasados en virtud de hacerlos inteligibles a otros.

En esta construcción juega un papel muy importante el (24) Autobiografía, p.p. 113

carácter autónomo del pensamiento histórico. Otra vez Collingwood polemiza con ciertos historiadores que realizan sus investigaciones en base a lo dicho por otros, (los que él llama -- "las autoridades"), jamás se cuestionan si lo que les han dicho fue realmente lo que sucedió. El historiador que Collingwood imagina como el auténtico historiador, parte del principio de que aquello que los otros dicen, puede no ser lo que realmente sucedió.

Esta idea de autonomía del pensamiento ya la había expresado Collingwood en su Autobiografía en relación a la historia de la filosofía, en donde se cometen, según él, los errores -- más graves al aceptar lo que otros dicen u objetar a un filósofo sin haber recurrido antes al análisis de lo que realmente dijo o pensó el filósofo en cuestión.

A partir de esta idea encontramos un segundo elemento -- constitutivo de la historia: la historia es una actividad -- crítica.

Ahora bien, volvamos a la cuestión del re-pensar, como actividad realizada por el historiador. De acuerdo con Collingwood el historiador partirá en su investigación de ciertos "datos" o informaciones de las cuales posee un conocimiento directo; los escritos, los objetos, etc. Para que el investigador

pueda comprender cuáles son los pensamientos que están detrás de los escritos y objetos tendrá que pensar como aquél (o aquellos) que escribieron lo que él observa. Collingwood ilustra esta idea con el ejemplo del historiador que examina el Código Teodosiano y que para comprenderlo tiene que pensar como si él mismo fuese el emperador autor del edicto: "...tiene que ver - por su cuenta, tal como si la situación del emperador fuera la suya propia...tiene que pasar por el mismo proceso que el emperador... De esta suerte re-crea en su propia mente la experiencia del emperador; y sólo en la medida en que haga esto, tiene algún conocimiento histórico..." (25).

Pero ¿cómo es posible re-crear o re-pensar a partir de -- simples datos o informaciones? o bien podemos formular la siguiente pregunta: ¿cómo podemos re-pensar o re-crear un pensamiento ya pasado?, Porque, de hecho, lo que el historiador -- tiene delante de sí son meros datos sensoriales: puede ver ciertos caracteres negros destacando sobre el blanco del papel, puede leer lo que el papel dice e ir imaginando ciertas cosas en base a lo leído: circunstancias, situaciones, etc., pero -- ¿cómo pasa de ahí a la re-creación de los pensamientos de un cierto sujeto?.

(25) Idea de la Historia, p.p.272

El problema no parece trivial, si llevamos algunas de las afirmaciones de Collingwood al extremo: él ha afirmado que los pensamientos son la causa de las acciones realizadas por los individuos, de manera tal, que analizando los propósitos, las razones (o como queramos llamarles), que el sujeto tuvo para actuar, conoceremos el porqué de su acción. Ahora bien, a partir de lo afirmado por Collingwood, no hay impedimento alguno para preguntarnos porqué el conocimiento que podemos tener de ciertas cosas y objetos, no es también de tipo histórico: pensamos en la silla en la que estamos sentados, podemos analizar perfectamente las características que la hacen ser esa silla, tales como su color, su figura, su tamaño, etc., podemos preguntarnos qué motivos tuvo el artesano que la creó para darle tales características, quizá podríamos dar respuesta a esta pregunta a partir de la inferencia basada en el sentido común de cuáles son los criterios más o menos generales que se siguen en la realización de este tipo de objetos. O bien, podemos recurrir al artesano y él podrá ofrecer razones que expliquen el porqué de su acción. Sin embargo, podríamos afirmar sin temor a equivocarnos que nadie consideraría tales pensamientos como de carácter histórico.

¿Porqué la investigación en torno a la silla es distinta de aquella en torno al Código Teodosiano?

Para Collingwood el responder que tales asuntos no competen a la historia, no resolvería el problema, por el contrario únicamente se estaría desviando la cuestión. De acuerdo con él, los datos históricos, son históricos porque el investigador los percibe de esa manera; esto es, el pensamiento histórico no puede provenir más que del pensamiento histórico:

"Es nuestro conocimiento histórico el que nos dice que estos curiosos signos sobre papel son letras griegas... Aparte de todo esto, el pasaje no es más que un conjunto de signos negros sobre papel blanco: no es en modo alguno un hecho histórico..." (26).

El carácter histórico no es algo que el sujeto descubra en el objeto que investiga, "lo histórico" forma parte de la estructura mental de cualquier sujeto, gracias a la cual podemos hablar de antes y después, y comprender los sucesos de la historia.

"...el pensar histórico es una actividad original y fundamental de la mente humana, o como hubiera dicho Descartes... la idea del pasado es una idea "innata" (27).

(26) Ibidem. p.p. 237

(27) Ibidem. p.p. 240

Así pues, no hay testimonios históricos en el sentido de ser objetos con una característica especial que los distinga de otros. El historiador parte en su investigación de todo - aquello que le pudiera ser de utilidad. De acuerdo con esta tesis, todo aquello que es posible percibir, es un testimonio histórico.

Podemos señalar dos modos fundamentales en los que Descartes toma el concepto de "idea innata"; como idea clara y distinta y como una facultad para pensar de cierta manera. La -- idea de Dios, por ejemplo, es una idea clara y distinta, es una idea innata y como ésta habría otras ideas básicas y fundamentales del pensamiento humano, que no han sido adquiridas por - experiencia alguna, sino que están ahí, en el entendimiento hu mano como parte integral de éste.

Si la idea del pasado es una idea innata en este sentido, como idea clara y distinta, debemos suponer que esta idea es - una cierta representación mental, un "cuadro imaginario del pa sado", en donde hay imágenes distintas acerca de las cosas y - de las personas. Sin embargo, el mismo Collingwood rechaza -- tal concepción del cuadro imaginario, pues si tales representa ciones mentales se dieran en la mente del sujeto, no se haría necesario el recurrir a la inferencia para obtener el conoci-

miento de ciertos sucesos.

Parecería entonces que Collingwood emplea el término - - "idea innata" en el segundo sentido mencionado, esto es, como cierta capacidad de pensar en términos de pasado, presente y futuro, capacidad sin la cual no sólo no tendríamos conocimiento de la Historia, sino que ningún tipo de conocimiento sería posible. Gracias a esta idea el historiador puede pensar en términos "históricos", de tal suerte que no tendría porqué - - plantearse la pregunta de qué tipo de objetos o hechos interesan a la historia y cuáles no.

Pero además, el historiador tiene que re-construir o re-pensar circunstancias y pensamientos pasados, y esta tarea constructiva la realizará a partir de algo que Collingwood llama - "imaginación a-priori", en virtud de la cual, el investigador "rellena" los huecos que hacen falta en una cierta explicación de algún hecho histórico.

Collingwood había enfatizado ya el papel de la imaginación en sus concepciones estéticas al hablar del trabajo que realizan los artistas. Esta misma idea es ahora aplicable al trabajo del historiador, cuya labor muchas veces se ha relacionado con el arte, incluso se ha pensado que no hay diferencia alguna entre el arte y la historia.

Collingwood distingue perfectamente bien entre la labor - que realiza un artista, y la que realiza un historiador, sin embargo, aceptaría que entre ambos hay una cierta semejanza en tanto que hacen uso de la imaginación y más aún, ambos trabajos no serían realizables sin ella.

La imaginación histórica es a-priori en un sentido Kantiano; esto es, no es pura fantasía, no se trata de "inventar" -- los sucesos de la Historia, sino que gracias a esta facultad - del entendimiento, los hombres son capaces de reconstruir algo sucedido en el pasado, tal y como sucedió, o como realmente su cedió, y es por ello que es necesaria. Es un tipo de intuición (también en el sentido de las intuiciones a-priori de espacio-tiempo, concebidas por Kant), a partir de la cual podemos imaginar cosas o sucesos de los cuales no tenemos un conocimiento directo, y de los cuales, de hecho, nunca se podrá tener otro conocimiento que no sea el que proviene de la inferencia.

De acuerdo con el propio Kant, un conocimiento es a-priori cuando es "absolutamente independiente" de la experiencia. Y al hablar de una proposición a-priori, afirma que "...tiene que ser pensada con carácter de necesidad..." (Introducción a la Crítica de la Razón Pura).

Así pues, si la imaginación es una facultad a-priori, es porque es independiente de la experiencia por un lado, y las proposiciones que provienen de ella tienen carácter de necesidad.

Cuando Kant habla de juicios a-priori, se refiere a proposiciones que son independientes de la experiencia y tienen carácter de necesidad. Existen otro tipo de enunciados que hacen posible el avance de la ciencia (por ejemplo: "Los metales se dilatan con el calor") puesto que los términos que intervienen en estos, (tales como "metal", "calor", etc.,) son términos que provienen de la experiencia. Este tipo de enunciados serán clasificados por Kant como "sintéticos" y son este tipo de proposiciones los que utilizan la mayoría de las ciencias. Además Kant establece la existencia de enunciados "sintéticos a-priori" que por un lado son necesarios, pero al mismo tiempo permiten el avance científico dado que se refieren a la experiencia, por ejemplo, los enunciados de las matemáticas. Los enunciados históricos tendrían para Kant, un carácter contingente, esto es, serían enunciados meramente sintéticos, pues no puede ser garantizada su necesidad por el razonamiento inductivo, o algún otro tipo de procedimiento. Los enunciados históricos son particulares y como tales carecen de un carácter de necesidad que es propio de los enunciados generales.

En suma, parecería que no podemos aplicar el carácter de "a-prioricidad" en el sentido de "necesidad" a la investigación que realiza la historia; por lo menos no es "necesaria" - en el sentido usual en el que se utiliza tal término en la filosofía.

Podemos, por otro lado, preguntarnos si hay razones suficientes para considerar la idea del pasado como una "intuición a-priori", en el sentido de una intuición como las de Espacio-Tiempo, tema de estudio de la Estética Trascendental.

De acuerdo con esta segunda interpretación, la ideal del pasado sería un "sentido interno" tal y como la intuición de -Tiempo, a partir del cual podemos ordenar y concatenar los diferentes sucesos de nuestra vida.

Este sentido, pertenece por completo a la subjetividad, no es algo que podamos encontrar entre las cualidades o características de los objetos. No hay algo que se llame "temporalidad", de la misma manera que no habría algo que se llame "historicalidad" como cualidad objetiva, independiente del sujeto.

Así pues, la idea de Collingwood de un "sentido histórico", o de un "cuadro imaginario del pasado", parece adecuarse a la concepción Kantiana de la intuición a-priori de Tiempo.

De la misma manera que a partir de las intuiciones de Espacio-Tiempo formamos nuestras representaciones de las cosas, incluso de aquellas que no podemos observar, igualmente el historiador imagina el pasado, pero no de manera arbitraria, sino de manera totalmente apegada a la realidad del suceso.

Esta idea se conecta con algunas afirmaciones de Collingwood, en el sentido de que cuando algo no puede ser explicado por el historiador no se debe a que el suceso en cuestión sea un suceso "oscuro", sino que es la propia incapacidad del investigador para pensar de cierta manera lo que lo imposibilita a llegar a la explicación del hecho.

Por otra parte, esta misma idea se relaciona con la concepción de Collingwood de que la ciencia histórica es la ciencia del entendimiento humano, porque el poder explicar un suceso histórico, significa el poder pensar de una cierta manera; mientras que, el no poder explicar un suceso, significa - nuestra incapacidad de pensar de esa manera. En suma, la reflexión histórica muestra los alcances y los límites del entendimiento. Sin embargo, tampoco sería totalmente correcto el reducir lo "histórico" a lo "temporal", por lo menos, Collingwood no parece tener tal pretensión.

El punto importante a discutir, sin duda alguna, es el que se refiere a la afirmación de Collingwood de que el historiador re-crea el acto ya pasado de un cierto sujeto. La forma que adquiere esta discusión en Idea de la Historia, va encaminada a saber si la recreación del historiador y el acto que intenta re-crear es uno y el mismo, o si son dos actos "similares". Esta doble objeción que Collingwood pone en boca de un impugnador imaginario, resume algunas ideas que él mismo había expresado años antes en Speculum Mentis, de acuerdo con las -- cuales el historiador es un simple espectador de los sucesos -- históricos, pues nunca podrá hacer suyos los pensamientos o las acciones de los sujetos que han actuado en el pasado. Posiblemente Collingwood no había encontrado argumentos suficientemente eficaces para defender la idea de que el historiador es más que un simple espectador de los hechos de la Historia, idea -- que tiene algunas consecuencias más o menos importantes en -- cuanto a la cuestión de la objetividad en la historia, o de si lo que se conoce, es el presente y no el pasado, etc.

En las lecciones que constituyen los Epilegómenos de Idea de la Historia, Collingwood cree haber encontrado una postura intermedia que le permite acentuar el papel del historiador - en la explicación de los sucesos pasados, argumentando de la siguiente manera ante el impugnador imaginario:

1. Si aceptamos que el acto que consiste en re-pensar y el acto que se re-piensa, son actos "similares", tendremos que aceptar también que nos estamos moviendo dentro de una epistemología realista "totalmente desacreditada", de acuerdo con la cual el conocimiento es mera "copia". Esta postura, como ya habíamos afirmado anteriormente, resulta inaceptable para Collingwood, pero es aquella que él mismo sostenía tiempo atrás, cuando afirmara que el historiador es un simple espectador de una realidad pasada. De esta manera Collingwood abandona su primera postura de corte "realista".
2. La segunda postura del impugnador es aquella que Collingwood intentó sostener como la correcta. Según esta -- postura el acto del re-pensar y el acto re-pensado, son uno y el mismo, o si se quiere son idénticos.

Collingwood ilustra esta idea de la siguiente forma:

Podemos afirmar que pensar: "Los ángulos de la base de un -- triángulo isósceles son iguales"

Y pensar: "Euclides sabía que los ángulos de la base de un -- triángulo isósceles son iguales"

son pensamientos distintos, son actos distintos; el segundo -- sería un pensamiento de tipo histórico, mientras que el prime-

ro sería una simple afirmación acerca de una propiedad de los triángulos isósceles.

Ahora bien, la forma en que podemos llegar a comprender - la segunda afirmación, la que tiene carácter histórico, es precisamente pensando nosotros mismos, "los ángulos de la base de un triángulo isósceles, son iguales"; esto es, realizando el mismo acto de pensamiento que Euclides realizara. En este sen tido re-creamos o re-pensamos el mismo pensamiento que Euclides, aún cuando las afirmaciones que expresan nuestro acto y - el de Euclides sean expresiones distintas.

El hecho de que el impugnador rechace la igualdad de ambos actos, radica en el error de considerar que un acto de pen samiento se realiza en un punto determinado del fluír de la -- conciencia y de que una vez que se ha realizado un pensamiento, ese mismo pensamiento no puede ser traído nuevamente a la conciencia.

el conocimiento no es un mero fluír de la conciencia. Una persona cuya conciencia fuera mera sucesión de estados... no podría tener conocimiento alguno..." (28).

Sin embargo tampoco podría afirmarse como cierto que los

(28) Ibidem. p.p. 276

pensamientos se dan al margen del fluír de la conciencia, que pueden tener una realidad propia e independiente y que en última instancia lo que el historiador hace, es buscar el modo de aprehender este tipo de entidades que son los pensamientos de alguien.

Pero hay una razón más importante por la cual Collingwood rechaza la pretensión de que el pensamiento puede verse como puntos determinados en el fluír de la conciencia, y es la idea de que sólo las sensaciones pueden verse como puntos específicos en este fluír, de tal modo que una vez dada una sensación, por más que la pensemos no volveremos a experimentarla como -- tal.

El problema estriba, como claramente lo ha señalado Alan Donagan en su libro The Later Philosophy of Collingwood, en -- que Collingwood no hace una distinción entre la manera de realizar el acto del pensamiento y el pensamiento mismo, al no -- aclarar este punto se ve involucrado en una confusa discusión acerca de la identidad y la diferencia específica y la identidad y la diferencia numérica.

Pero tales consideraciones no iluminan en absoluto el problema, tal como Donagan señala: "el error de Collingwood en --

creer que hay una cosa como la diferencia numérica... va acompañado de otro error más peligroso, el de que puede haber una mera diferencia numérica..." (29).

En efecto, al hablar de identidad y de diferencia, no es necesario especificar o decidir si se trata de un tipo o de otro, sólo hay identidad y diferencia y si queremos ser más exactos debemos circunscribir estos términos a un cierto concepto para saber en relación a qué las cosas son idénticas o diferentes.

En este sentido es de suma importancia la aclaración acerca de si estamos hablando de un acto o de una realización de un acto, o bien, de la realización de un acto y de lo que se realiza en ese acto, y en cambio, no interesa saber si son idénticos numéricos o específicamente.

En el fondo de la cuestión lo que sucede es que Collingwood no ha logrado rebatir una idea proveniente del sentido común y que quizás cualquiera estaría dispuesto a admitir como verdadera: que el acto del re-pensar y el pensamiento que se re-piensa son actos distintos, porque han sido realizados por sujetos distintos en tiempos distintos.

(29) Donagan, Alan, The Later Philosophy of Collingwood, Oxford University Press, 1962, p.p. 221,

Collingwood identifica el pensamiento (el acto realizado por la mente de un sujeto específico), con el contenido mental de ese pensamiento y a partir de esta falsa identificación, afirma que dos sujetos en tiempos y contextos distintos, pueden tener el mismo pensamiento.

Frente al argumento del sentido común, ofrece la argumentación a favor de la igualdad de dos actos de pensamientos como la única manera posible de evitar el solipsismo.

Nuevamente se presenta aquí la confusión entre un acto de pensamiento y su contenido mental. De hecho el contenido mental de un pensamiento (lo sustantivo de un cierto pensamiento), puede ser analizado, diferenciado, comunicado, etc., pero de ninguna manera podríamos realizar estas mismas actividades con el pensamiento de otro sujeto, porque éste no puede ser visto como algo aparte o independiente del sujeto que lo ha pensado. De esta manera resulta ininteligible cualquier afirmación en el sentido de que alguien pueda reproducir el pensamiento de otro sujeto, aunque por supuesto, podemos reproducir contenidos mentales diversos.

Tampoco se escapa Collingwood al problema de la objetividad en la explicación histórica. Si un sujeto puede re-producir o re-crear el pensamiento ya pasado, quiere decir que pue-

de "actualizarlo", esto es, hacerlo presente, pero entonces ya no es más un pensamiento pasado, en otras palabras: de ser algo objetivo pasa a ser algo subjetivo, al borrarse la frontera entre lo que es un suceso independiente del que lo investiga y algo que podemos actualizar en nuestra mente, como si fuéramos el agente de la acción, cualquier criterio de verdad u objetividad, pierde significación y aplicación alguna. La postura de Collingwood en relación a este punto es nuevamente redundante, pues considera que no puede haber criterios de verdad ajenos a la historia misma, esto es, que la misma idea innata de un pasado imaginario es criterio de verdad suficiente. Por ello también le otorga el carácter de "a-prioricidad" a la imaginación de la que el historiador hace uso en su trabajo. Sólo así puede garantizar Collingwood que su teoría, es una teoría "científica" de la historia.

De acuerdo con algunos críticos de Collingwood, Donagan - entre ellos, la teoría de la historia propuesta por este filósofo, parece adaptarse con relativa facilidad a la historia - del pensamiento, por ejemplo a la historia de la filosofía; - de hecho, la mayoría de los ejemplos que Collingwood utiliza a lo largo de los "Epilegómenos", se refieren a cuestiones filosóficas- pero no resiste la aplicación a otros campos más complejos de la Historia en donde lo fundamental no es lo que al-

guien pensó, sino lo que muchos hicieron. Curiosamente, Collingwood extrae una conclusión opuesta a la que se manifiesta en tal crítica. Al preguntarse que es lo que abarca el término "pensamiento", responde diciendo que toma como "pensamiento" (en el sentido de causa de las acciones), todo aquel, pensamiento reflexivo, o todo aquel pensamiento basado en propósitos. Pero entonces esto podría interpretarse -dice Collingwood- como si la historia sólo se ocupara de acciones prácticas, pues sólo en ellas puede haber pensamientos reflexivos, esto es, -- propósitos que las anteceden o que son su causa. En el caso de las acciones intelectuales no podríamos distinguir entre la causa y el efecto, pues ambos son pensamientos.

Collingwood se ve obligado a decir que no hay tal diferencia entre los propósitos de una acción y la acción misma, lo único que hay es una acción que se realizó con un cierto propósito, implícito en la acción misma (lo que Ryle llamaría -- "acciones intencionadas" para evitar también la distinción entre las intenciones y las acciones).

Collingwood parece no haber considerado la conclusión que se sigue de este supuesto y que contradice su propia concepción del hecho histórico: si sólo hay acciones realizadas con un -- cierto propósito implícito en ellas, no hay una doble estructu

ra del hecho, o si se quiere, no sería posible distinguir esa doble estructura, y por ende, sería imposible distinguir entre la causa de una cierta acción y su efecto.

En realidad, de acuerdo con nuestra propia interpretación,, Collingwood está haciendo un uso indiscriminado del término -- "pensamiento". Al hablar de que la causa de un hecho histórico es un pensamiento y que dicho pensamiento es "reflexivo", o bien "un pensamiento basado en propósitos", Collingwood está haciendo referencia a un tipo de pensamiento más o menos cotidiano que cualquier hombre de mediana inteligencia utiliza para realizar las acciones que realiza, sean éstas de gran trascendencia o de ninguna importancia (en un sentido "histórico" o "social"). A éste podríamos llamarle un sentido amplio o -- "laxo" del término "pensamiento". Por otro lado, cuando alguno de nosotros se da a la tarea de analizar o investigar el pensamiento de Platón expresado en el Diálogo Teeteto (para emplear el mismo ejemplo que utiliza Collingwood), aquello que leemos en Teeteto son pensamientos o ideas expresados en un -- cierto lenguaje y en un cierto estilo, pero de ninguna manera son acciones, ni tampoco propósitos o pensamientos basados en propósitos. A este tipo de "pensamientos" a los que se refiere Collingwood y que no tienen nada que ver con aquellas de las acciones prácticas, podemos llamarle pensamiento "en sentido estricto".

Si de acuerdo con lo afirmado por Collingwood, al intentar comprender lo dicho en el Teeteto tratamos de re-pensar el pensamiento de Platón, (en relación al problema del conocimiento científico) todo aquel pensamiento que logremos realizar o llevar a cabo, en ningún momento tendrá el carácter de un propósito o una intención.

Creemos pues que este uso indiscriminado del término "pensamiento", dificulta en gran medida la comprensión y la aceptación de la teoría de Collingwood del re-pensar.

En relación a este mismo método propuesto por Collingwood hay otro punto oscuro que vale la pena mencionar. En el capítulo anterior se afirmó que Collingwood rechazaba el método científico por ser, entre otras cosas, un método impuesto por razones de orden lógico y no en base a una consideración de cuál es la realidad que se pretende investigar con dicho método. Ahora bien, en el presente capítulo se propuso el método del re-pensar como método adecuado a la historia, y en el su desarrollo nos encontramos con que el pensamiento histórico -- sólo puede provenir del pensamiento histórico, es decir, que la idea de la historia es innata; pero si esto es así, es esta idea la que se impone a la realidad y no a la inversa. En suma, nos topamos con dos ideas que no pueden ser aceptadas a la

vez: o la idea del pasado es innata y en base a ello el método que utiliza el historiador es el re-pensar, o bien, la realidad histórica impone al sujeto el método a seguir en la investigación, partiendo no de una idea innata, sino de una idea acerca de cómo es y cómo debe ser tratada dicha realidad.

C A P I T U L O I V

C O N C L U S I O N E S

En el presente capítulo quisiera señalar algunas conclusiones a propósito de lo expuesto en los capítulos anteriores y que se refieren básicamente a algunos principios señalados por Collingwood en relación a su concepción de la historia.

Habría que señalar en primer lugar que Collingwood pretende hacer una tipificación del conocimiento histórico; esto es, señalar las características esenciales de ese tipo de conocimiento. En este sentido Collingwood desarrolla un esquema general de principios lógico-metodológicos al que deberán ajustarse los conocimientos que provienen de la investigación histórica.

Con este fin desarrolla su noción de conocimiento como -- una actividad que se da en un doble proceso de pregunta y respuesta. En efecto ya desde el principio de la obra Idea de la Historia, Collingwood afirmaba que la historia es "inquisición" característica sine qua non de la actividad científica: "Lo -- esencial es que genéricamente pertenece a lo que llamamos ciencias, es decir, a la forma del pensamiento que consiste en -- plantear preguntas que intentamos contestar" (30).

Así pues la historia para Collingwood es una ciencia; es decir, proporciona conocimientos ciertos acerca de una realidad (30) Idea de la Historia, p.p. 19.

dad. Esta idea sin embargo no es lo simple que parece: al establecer que la característica "genérica" de la ciencia es la inquisición, Collingwood rechaza todas aquellas formulaciones en donde el conocimiento puede ser clasificado como cierto independientemente del esquema planteado por él de pregunta y -- respuesta.

Ya hemos mencionado, en el primer capítulo, que para - Collingwood no hay proposiciones verdaderas o falsas por si -- mismas, sino que podemos predicar de ellas tales propiedades - sólo si nos remitimos a las preguntas que intentan responder. Es así como Collingwood se acerca irremediabilmente a una concepción "historicista" del conocimiento, pues la actividad de cuestionarnos acerca de las preguntas que tales y cuales propo siciones responden, es una actividad histórica.

Collingwood se compromete firmemente con un historicismo que ya había sido planteado por B. Croce y que parece llevarlo a una posición difícil de sostener. En efecto, por un lado -- Collingwood parece absolutizar el conocimiento histórico, y -- por otro lado estaría lejos de reconocer que hay algo llamado "historia natural", o "historia del Universo". Pero si seguimos al pié de la letra lo expresado por Collingwood en las pri meras páginas de Idea de la Historia, podemos concluir que una

investigación que se pregunta por el origen del universo o por la naturaleza, puede ser considerada como "historia natural". En cambio, Collingwood se cuida muy bien de caer en tales afirmaciones, poniendo de relieve que la historia tiene como objeto únicamente los asuntos humanos: "Una ciencia difiere de otra en que averigua cosas de diferente clase, ¿Qué clase de cosas averigua la historia?. Respondo que averigua res gestae, es - decir, actos de seres humanos que han sido realizados en el pasado." (31)

No obstante tal aclaración, queda abierto el problema del esquema propuesto por Collingwood de acuerdo con el cual, toda investigación que sigue una línea de pregunta-respuesta, es -- una investigación histórica.

Otro principio interesante que se establece en la caracterización de la historia, es el de que la historia es puro pasado, y que tiene que ver con algunas formulaciones de Vico en cuanto a que el conocimiento se dá de aquellas cosas que han sido creadas por el sujeto que conoce. De esta manera, el conocimiento histórico, como conocimiento de algo que es típicamente una creación humana, vendría a ser el ejemplo idóneo de cómo se realiza el conocimiento. Esta sin embargo, es también

(31) ib. p.p. 19.

una idea que puede ser puesta en cuestión.

En primer lugar es ésta una noción del conocimiento que, contrariamente a lo que Vico o Collingwood pudieran decir, tiene un corte idealista, pues supone que incluso aquellos hechos que normalmente pensamos como hechos que suceden independientemente del sujeto, se ofrecen al conocimiento humano como creaciones del entendimiento, pues de otra manera no nos serían accesibles en absoluto. Dejando a un lado estas dificultades, pasemos ahora al terreno de la historia. Claramente, tanto Vico como Collingwood, encuentran que esta idea del conocimiento como conocimiento de lo que es creación del sujeto, se aplica perfectamente a las cuestiones de la Historia. De hecho quizás no tendríamos mayores dificultades en reconocer que, en -- efecto, la Historia es creación humana, pero quizás no sería -- tan fácil aceptar como verdad absoluta que la historia es puro pasado. Si tomamos en cuenta por un momento que lo que se propone la historia es dar cuenta de lo que acontece, la historia no es más que "metafóricamente" puro pasado. Pues resulta claro que la investigación histórica se realiza con el fin de poder explicar el ¿por qué? de los sucesos que actualmente se viven, y claro está, debe entonces remitirse al pasado, pero si nosotros alejamos la mira de este objetivo primordial de la -- historia, ésta se convertirá en un simple anecdotario, una - -

simple recolección de los eventos humanos; de hecho, perdería todo sentido, toda razón de ser.

Por otro lado, la historia se construye también de aquellas cosas que los hombres dicen y opinan de los sucesos en su momento, de aquí que la historia sea un ir y venir constante - del pasado al presente y del presente al pasado.

Una imagen literaria que expresa de manera muy clara esta idea de que la historia es en gran medida el presente, está -- dada por G. Orwell en "1984", en donde muestra cómo a base de no informar nada acerca de lo que acontece en aquel mundo del futuro, los hombres pierden el "sentido histórico", es decir, que no habiendo presente, o si se quiere, haciéndolo totalmente irrelevante, se pierde asimismo el pasado, todo cae dentro de la misma categoría de intrascendencia total, que no es otra cosa que la pérdida de la Historia.

Un tercer principio, quizás el de mayor importancia dentro de la concepción de la historia ofrecida por Collingwood, es aquel que se refiere a que la historia tiene como finalidad el auto-conocimiento.

Hay en esta declaración del filósofo inglés, un fondo de tipo moral, como lo hemos tratado de señalar en la Introducción

de este trabajo, pero hay también entrelazados una serie de -- cuestiones que pudiéramos llamar de orden metafísico, e incluso pertenecientes a la antropología filosófica.

Dice Collingwood que "la historia es "para" el auto-conocimiento humano...conocimiento de su naturaleza en cuanto hombre. Conocerse a sí mismo significa conocer primero, qué es ser hombre; segundo qué es ser el tipo de hombre que se es, y tercero, qué es ser el hombre que uno es y no otro." (32)

Hay que notar como cuestión muy importante el hecho de que Collingwood coloca a la historia en una posición sumamente relevante, no sólo en relación a su lugar dentro de algo que podríamos llamar una jerarquización del conocimiento, sino por lo que significa la afirmación misma de que la historia es para el auto-conocimiento. En efecto, Collingwood como filósofo historiador que fue, debió de pensar detenidamente cuál de las dos actividades que realizó toda su vida era la que proporcionaba las herramientas para lograr este conocimiento tan largamente anhelado por los filósofos. Y no es por casualidad que decidiera conferirle tal "privilegio" a la historia, sino por que a tal decisión lo llevó su desarrollo filosófico.

En uno de los capítulos de A Hundred Years of Philosophy, John Passmore, expone de manera breve pero extraordinariamente (32) ibidem. p.p. 20

clara, cómo es que Collingwood llega a la conclusión de que la historia es la actividad del autoconocimiento. La línea que señala Passmore viene a completar la explicación que intentábamos en el primer capítulo, según la cual Collingwood pretende continuar la labor de Locke y Hume de crear una ciencia del entendimiento humano. De acuerdo con la versión de Passmore, Collingwood estaba (como muchos filósofos ingleses de la época), influenciado por la filosofía idealista proveniente de Hegel, en cuanto a que el espíritu tiende a la realización del Absoluto. De acuerdo con lo anterior Collingwood sentía que tanto el arte, la religión y la filosofía eran actividades en donde se plasmaba de manera clara las realizaciones del espíritu: "El filósofo, tal como Collingwood lo vislumbra, ve la reflexión como Reflexión; él sabe que no hay más realidad que el espíritu, que se descubre a sí mismo solamente a través de la creación de mundos en donde puede ver su propia imagen". (33)

Tal era la concepción que Collingwood tenía de la labor del filósofo. Sin embargo, esta idea no se ajustaba en absoluto con las concepciones realistas de sus contemporáneos de Oxford. Para Collingwood, los realistas de su época habían simplificado el conocimiento haciéndolo una mera adecuación de

(33) J. Passmore, A Hundred Years of Philosophy, Penguin

Books Ltd, England, 1978, p.p. 303

la mente del sujeto al objeto que se pretende conocer. Y por otro lado las distintas ciencias parecían estar de acuerdo con esta versión simplista del proceso cognoscitivo. Es así como Collingwood se da a la tarea de formular una epistemología adecuada a las realizaciones del espíritu, y formula entonces su esquema de pregunta-respuesta. Pero he aquí que este esquema no es otro que el esquema del conocimiento histórico; es entonces la historia la actividad que cumple con las aspiraciones del espíritu, con el auto-conocimiento.

Esto nos remite directamente al principio fundamental de la concepción de Collingwood, a saber que "toda historia es la historia del pensamiento"; tal principio puede ser interpretado como el principio de acuerdo con el cual, la historia debe indagar cuáles son los pensamientos de los sujetos que realizan las acciones. Parece acertado pensar que Collingwood quiere caracterizar a la historia como un tipo de investigación en donde lo primordial, lo fundamental, es llegar a comprender -- los pensamientos de los sujetos históricos.

Una objeción que puede hacerse a este principio estriba en el hecho de que una actividad concebida de tal manera, dá como resultado un tipo de investigación en donde se dejan de lado aspectos o niveles de estudio que son también relevantes

para la explicación de los sucesos humanos. Es evidente que -
la historia, tanto aquella que se realizaba en la época de - -
Collingwood como la que se realiza hoy en día, pretende dar ex-
plicaciones de los acontecimientos. Así, encontramos en el
prólogo de su libro Ascención del Fascismo que F.L. Carsten, -
reconoce que "...no pretendo incluirlo todo, sino apartar una
serie de ejemplos significativos. En particular explicar
cómo fue posible que en países de la vieja cultura, de elevado
nivel de educación y de un tradicional comportamiento civiliza-
do, pudieran los movimientos fascistas no sólo desarrollarse,
sino incluso convertirse en movimientos de masas, y llegar al
poder". (34)

El punto importante de tal declaración lo encontramos en
el "cómo fue posible que", pregunta que todo historiador se --
plantea al analizar tal o cual evento, y en la reconstrucción
de "cómo fue posible" intervendrán muchos elementos de todo ti-
po: económicos, políticos, culturales, religiosos, etc. ¿En --
dónde figuran los pensamientos de los que habla Collingwood? -
Si un historiador siguiera al pie de la letra los principios -
que una concepción de la historia al estilo de Collingwood,
tendría que reducir las direcciones a los que apunta su inves-

(34) Francis, L. Carsten, Ascención del Fascismo, Ed., Seix

Barral, Barcelona, 1971, p.p.8.

tigación al nivel de la reconstrucción de las ideas y pensamientos de los individuos que vivieron en una cierta época. Y ciertamente las explicaciones que resultaran de tal investigación serían explicaciones sumamente parciales, incluso quizás ni siquiera podríamos llamarlas "explicaciones". Sin embargo, esta tesis resulta muy extrema... En realidad no creo que tal principio deba ser interpretado así: en cuanto principio que intenta caracterizar a la historia y distinguirla de las otras ciencias, es una afirmación general que no puede ser aplicada sin más a los trabajos sustantivos y concretos que realizan los historiadores.

Con esto no pretendo afirmar que tal principio tenga una validéz universal o que no pueda ser cuestionado, de hecho, no me parece un principio adecuado para caracterizar a la labor histórica, pero tampoco sería del todo justo interpretar tal afirmación en el sentido de que lo que hay en la historia son meros pensamientos y que sea éste el nivel al que deban abocarse las investigaciones.

El problema estriba, sin duda, en el modo como Collingwood ha formulado dicho principio quizás con el objeto de hacer más evidente la diferencia que existe entre la labor histórica y la labor científica. Por otro lado, Collingwood no ha-

nación" es un término que con frecuencia es evitado tanto por filósofos como por historiadores, y esto se debe tal vez a que tal término apunta a un problema difícil de resolver y sobre el cual existen múltiples discusiones y discrepancias, me referiré al problema de la objetividad. Si se reconoce que gran parte de la investigación que realiza un historiador proviene de la imaginación ¿Cuáles serían los criterios en base a los cuales se podría determinar que una cierta explicación de un suceso es en efecto "lo que realmente sucedió" o si se trata de lo que el investigador "cree que sucedió"?

La tesis que Collingwood adelanta a este propósito es una tesis muy fuerte, a saber, que la imaginación histórica es una imaginación a-priori, y concluye que la idea de la historia -- (ese "cuadro imaginario del pasado") es una idea innata. Nuevamente cae en el historicismo más extremo y en una postura -- idealista difícil de sostener. El punto interesante a plantear es el de saber si existe algo así como una propiedad "histórica" de los objetos o si -- como Collingwood señala, es el pensamiento del sujeto el que tiene la facultad para pensarlos de esa manera.

El problema no es trivial en absoluto pues de hecho lo que el historiador toma como "núcleo objetivo" para realizar en un

cierto momento una investigación, puede en otro momento (o para otro historiador) ya no funcionar como tal núcleo: el problema de las fuentes en la historia es el problema de la objetividad y resulta difícil de esclarecer en la medida en que -- tanto las fuentes, los "núcleos objetivos", como la consideración que el historiador hace de ellos, están inmersos en la -- historia misma.

Una objeción que parece insalvable para la filosofía de Collingwood podría presentarse en el siguiente argumento:

De acuerdo con lo afirmado por el filósofo inglés, la idea de la historia es una idea que forma parte del "equipo - mental de todo sujeto"; de esta manera Collingwood cree garantizar la objetividad del conocimiento histórico, es decir, la veracidad de las explicaciones que provienen de la historia. Si esto es así, tendríamos que reconocer que toda versión de la historia es una versión cierta o verdadera de los acontecimientos que relata, pero esto cancela la posibilidad de poder explicar el por qué de las discrepancias que existen entre las distintas versiones de un mismo suceso. Al concederle a la idea de la historia un carácter innato, y a la imaginación histórica el carácter de aprioricidad, Collingwood confiere -

al conocimiento histórico las características que Kant diera a los conocimientos de las matemáticas o la física; esto es, les confiere la propiedad de validéz universal, y sin embargo, deja sin explicar cómo es posible que en una ciencia en donde los conocimientos tienen tales características, puedan al mismo tiempo resultar contradictorias.

Por último quisiera señalar como un punto a favor de la filosofía de Collingwood el hecho de que hiciera hincapié en la importancia que reviste para la historia la consideración de los motivos e intenciones de los sujetos: muchas de las ideas que actualmente se manejan y que tienen que ver con la necesidad de ofrecer explicaciones lo más completas posibles, previenen de tesis de Collingwood y que en gran medida han contribuido a enfrentar exitosamente posturas positivistas y deterministas de la historia.

BIBLIOGRAFIA

1. R.G. Collingwood, La Idea de la Historia, 1952
2. R.G. Collingwood, Autobiografía, 1954
3. R.G. Collingwood, An Essay on Metaphysics, 1940
4. A. Donagan, The Later Philosophy of R.G. Collingwood, 1962
5. P. Gardiner, Theories of History, 1969
6. A.C. The Idealist Tradition, 1957
7. V. Wright, Explanation and Understanding, 1977
8. Z. Bauman, Hermeneutics and Social Science, 1978
9. J. Bleicher, Hermeneutics as Method, Philosophy and Critique, 1980
10. Ch. Taylor, The Explanation of Behavior, 1980
11. W.H. Walsh, Introducción a la Filosofía de la Historia, 1951.
12. R. Rudner, Filosofía de la Ciencia Social, 1976
13. Q. Gibson, La Lógica de la Investigación Social, 1974
14. M. Cohen y E. Nagel, Introducción a la Lógica y al Método Científico, 1971
15. W. Cray, Filosofía de la Historia, 1965
16. J. Locke, Ensayo sobre el Entendimiento Humano, 1969
17. E.H. Carr, ¿Qué es la Historia?, 1973
18. E. Imaz, El Pensamiento de Dilthey, 1946
19. G.J. Warnock, English Philosophy since 1900, 1969
20. J. Passmore, A Hundred Years of Philosophy, 1957